
HARLEQUIN
Deseo
Seducción a la carta
Kristi Gold

# Seducción a la carta

## Kristi Gold

## 2º O'Brien

**Seducción a la carta (2007)**
**Título Original: Executive seduction (2006)**
**Serie: 2º O'Brien**
**Editorial: Harlequin Ibérica**
**Sello / Colección: Deseo 1516**
**Género: Contemporáneo**
**Protagonistas: Aidan O'Brien y Corinna "Corri" Harris**

***Argumento:***

*Cuando el ambiente se caldeaba demasiado en la cocina… se iban al dormitorio.*

*Cuando su falso compromiso acabó por fin, Corri Harris quedó libre para vivir un apasionado romance y el sexy ejecutivo Aidan O'Brien parecía la cura perfecta para su orgullo herido. Pero había un pequeño problema… Aidan era su jefe.*

*A medida que la ilícita relación se hacía más y más ardiente, Corri empezó a tener miedo de convertirse en la protegida de Aidan y una vez que hubiese conseguido que ella llegara a lo más alto en su profesión, ¿la abandonaría por otra ingenua discípula?*

# Capítulo Uno

Que forma tan cobarde de despedirse.

Corinna Harris, sin dar crédito, miraba la carta que había sobre el tocador de su camerino, una carta que le habían entregado hacía unos minutos. Tampoco podía sorprenderle que su exnovio hubiera elegido esa forma de romper. Al fin y al cabo, Kevin O'Brien era un periodista diestro con la palabra escrita, aunque esa carta era sencilla y directa:

*Gracias por todo, Corri, pero ha llegado el momento de terminar. Puedes quedarte el anillo. Ha sido divertido.*

¿Divertido? Después de ocho meses de compromiso falso, podría haber esperado que él hubiera tenido la delicadeza de decírselo en persona. Estaba sorprendida y furiosa. Corri se quitó el diamante del dedo y lo tiró contra la pared. Si se lo llevaban al aspirar la moqueta, mala suerte. No quería recuerdos de una relación que había sido una farsa.

Un golpecito en la puerta la devolvió a la realidad. Tenía trabajo.

—Cinco minutos —le avisó alguien del equipo.

—De acuerdo, estoy preparada.

¿Estaba preparada? ¿Podía presentarse ante el público y fingir que no había pasado nada? Tenía que ser ese día precisamente, cuando por primera vez iba a presentar un programa en directo que trataba sobre cómo preparar la comida perfecta para enamorados. Seis días antes de Navidad. Naturalmente, podía hacerlo. Kevin le había machacado provisionalmente su vida, pero no iba a machacarle su carrera profesional.

Corri se puso su mandil favorito, comprobó el maquillaje y se afianzó la cola de caballo. Unas lágrimas amenazaron con brotar de los ojos cuidadosamente pintados, pero ella no iba a permitirlo. Se aferró a la ira con todas sus ganas.

Gracias a eso salió a encontrarse con los espectadores con una sonrisa falsa, pero cuidadosamente esbozada. Miró hacia la cabina de control e inmediatamente vio a Aidan O'Brien, propietario de AOB Productions y hermano mayor de Kevin. Él estaba allí, como valedor y amigo, desde que grabó el primer programa. Medía casi dos metros, y no era fácil pasarlo por alto. Sin embargo, lo que le llamó la atención no fue su imponente estatura. Tenía el pelo

castaño y tupido, y la piel olivácea de su madre armenia, y los increíbles ojos verdes de su padre irlandés. También tenía un aire de confianza en sí mismo que arrugaba a algunos hombres, y un aire misterioso que hacía que las mujeres anhelaran conocer sus secretos.

Hablando de secretos, Corri se preguntó si Aidan estaba al tanto del propósito de Kevin. No lo creía. Si lo hubiera estado, se lo habría dicho. Había sido su confidente más de una vez y habían tenido muchas conversaciones, aunque ella hubiera sido la que más hablaba. Si bien no había sido completamente sincera sobre su relación con su hermano. Corri sintió ganas de ir hasta él, llorar en su hombro y maldecir a Kevin por elegir un momento tan malo, pero era una idea nefasta. Tenía que capear sola el vendaval, y el primer paso era salir y dar lo mejor de sí para sus admiradores.

—Diez segundos, nueve, ocho, siete… —anunció el regidor.

—¡Señoras y señores, den la bienvenida a Corri Harris, la cocinera más querida de Houston, la estrella de *La cocina candente de Corri*!

Corri entró en el plato con las piernas rígidas como palos e intentó tranquilizarse con los aplausos, pero estaba agarrotada, hasta que se acordó de que cada vez que había entrado en ese plato durante los últimos meses, había hablado de Kevin. Volvió a enfurecerse. Ella había fingido que su relación iba como la seda cuando, en realidad, él había hecho que fuera como el papel de lija. Entonces, decidió que había formas de tomarse cumplida venganza. No había nada como una mujer desdeñada a los fogones.

Aidan supo que le pasaba algo desde el preciso momento en que la vio entrar en escena. Era rubia, alta, con piernas preciosas y muy dinámica. Además, era tan atractiva como las comidas que servía a su público, y durante todo el año pasado, él había organizado sus reuniones en función de su admirado programa semanal. Al cabo de ese tiempo, él había llegado a calibrar cada movimiento de ella, cada detalle de su lenguaje corporal. Cada detalle de su cuerpo, sin más. Seguramente, debería sentir remordimientos por haber pasado tanto tiempo analizando las excelencias de Corri, sobre todo cuando estaba prometida con su hermano, pero no tenía ningún remordimiento. Nadie sabía que tenía bastantes fantasías con ella. Nadie sabría jamás que se arrepentía de habérsela presentado a Kevin. Sin embargo, en aquel momento, él tenía una relación, y cuando terminó, Kevin y Corri ya eran una pareja sólida. Tan sólida que se habían prometido al cabo de unas semanas. Durante meses, la vio hablar de su hermano en el programa, y si bien sus

admiradores lo habían aplaudido, él no lo había hecho. En realidad, lo detestó algunas veces.

Aun así, él creía firmemente que mezclar el placer con el trabajo podía originar problemas, pero hubo días en los que se preguntó qué habría podido pasar. En ese momento, se preguntaba qué le pasaba a Corri. Había superado las tres cuartas parte del programa sin tropiezos, pero parecía exageradamente contenta. Normalmente, contaba algún chiste para conectar con el público, pero ese día parecía como si sólo quisiera persuadirlo. Seguramente sería por los nervios del directo.

Después de la última pausa publicitaria, Corri debería haber empezado el turno de preguntas y respuestas, pero, en vez de llamar a alguien del público, anunció que ese día harían algo un poco distinto.

—Hemos hablado de una comida que encandilará a su pareja durante estas fiestas, pero no deberíamos olvidarnos de aquéllos que no tienen esa pareja. Sobre todo, de esas pocas desafortunadas a quienes un majadero la ha dejado en el peor momento posible.

Cuando Corri agarró las dos manoplas, Aidan se dio cuenta de que el regidor repasaba el guión con desconcierto. Corri sacó una fuente del horno, se dio la vuelta y la dejó sobre la tabla de madera con un golpe.

—Le propongo que haga este *soufflé* de chocolate porque querrá comérselo entero, pero, por el bien de su salud, también le propongo que tome una ensalada antes.

Corri dejó las manoplas y se volvió hacia la nevera.

—¿Qué demonios está haciendo? —preguntó el ayudante de producción.

—No te asustes, Parker —le tranquilizó Aidan—. Corri es una profesional. Déjala.

El director de control no se tranquilizó.

—No podemos dejarla cuando no sabemos qué pretende en un programa en directo.

Aidan levantó la mano para callar a todo el mundo cuando Corri volvió con un montón de hortalizas que tiró sobre la encimera sin importarle que un tomate cayera rodando por el suelo. Corri levantó un pepino enorme.

—Empecemos con esto, recuerden que no es de escala humana, aunque casi todos los hombres le habrán hecho creer que lo es.

Parker miró a Aidan con desesperación.

—¿He oído bien?

—Sí —le contestó el ingeniero de sonido.

Aidan sospechó que ella no había terminado.

Corri, con una risa entrecortada, dejó el pepino en la tabla y agarró un machete.

—Cuando esté pensando en el majadero que la ha dejado plantada, imagínese que esto es… —Corri levantó la mirada y sonrió, pero Aidan captó el brillo de unas lágrimas—. Bueno, han captado la imagen.

Empezó a trocearlo con saña. Todo el mundo se quedó atónito, y el regidor pidió que cortaran. Sin embargo, antes de que entraran los anuncios, una joven exclamó:

—¿Qué vais a hacer Kevin y tú estás vacaciones, Corri?

Corri la miró fulminantemente y con el machete en la mano.

—No voy a hacer nada con Kevin porque el malnacido me ha dejado.

Para ser alguien que se preciaba de saber dominarse, Corri había tocado fondo en cuanto a la falta de dominio de sí misma. No sabía qué se había apoderado de ella, por qué había permitido que un imbécil como Kevin quizá hubiera acabado con el mejor trabajo que había tenido. Con unos golpes de machete había destrozado la posibilidad de difundirse más allá de la región. Cuando oyó una llamada en la puerta del camerino, esperó encontrarse con un grupo de ejecutivos del estudio dispuesto a abalanzarse sobre ella como una manada de lobos hambrientos. Se limpió las marcas de maquillaje que tenía debajo de los párpados.

—Adelante.

—¿Qué te pasa?

Corri no se sorprendió de ver el reflejo de Aidan en el espejo. Él dirigía el estudio y, por lo tanto, la dirigía a ella.

—He hecho el ridículo —contestó Corri mientras se daba la vuelta.

Él entró en el camerino con las manos en los bolsillos.

—No te calles, Aidan —siguió ella—. Dime que estoy despedida; dime que vas a acabar con el programa; dime algo.

Él se acercó un par de pasos y volvió a pararse como si temiera que ella pudiera atacarlo con la lima de uñas.

—Primero, dime tú qué te ha hecho Kevin.

Ella tomó la carta y se la dio.

—Me la entregaron diez minutos antes del programa.

Aidan la tomó y la leyó.

—Es un malnacido.

Corri se quitó la goma de la cola de caballo y empezó a cepillarse el pelo vigorosamente.

—Sabía que era inevitable, pero no me esperaba que fuera a hacerlo así.

Aidan dejó la carta y apoyó la cadera en el tocador.

—¿Habéis tenido problemas?

Ella guardó el cepillo en un cajón y lo cerró con un golpe.

—Toda la relación se había convertido en un problema, pero no quiero hablar de eso ahora. Quiero hablar de las consecuencias que tendrá mi comportamiento.

—No lo sabremos hasta dentro de unos días. Pase lo que pase, yo me ocuparé.

—Eso significa distinguir qué segmento de la audiencia se ha ofendido más, si la más conservadora o los hombres…

—Yo diría que los hombres. Todos los hombres de la cabina de control cruzaron las piernas cuando atacaste al pepino —comentó él con una leve sonrisa.

A ella le encantó que quisiera quitarle hierro al asunto.

—Desde luego, no fue un momento muy inspirado, pero estaba tan furiosa con Kevin, que no podía pensar con claridad. Lo siento.

—Si te tranquiliza, yo tampoco estoy contento con él —Aidan dobló la carta y se la guardó en el bolsillo interior de la chaqueta—. ¿Sabes dónde está ahora?

—Si mi memoria no me falla, tendría que estar a punto de salir hacia el aeropuerto. Tiene un vuelo a Baltimore a la seis para escribir un artículo sobre un jugador de béisbol.

Aidan miró el reloj y se separó del tocador.

—Son las cuatro, y Kevin es muy impuntual. Si salgo ahora, puedo encontrarlo en el piso. Si no, iré al aeropuerto.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Corri con desconcierto.

—Hablar con él.

Ella se levantó, y se dio cuenta de lo frágil que se sentía a su lado. Pocos hombres hacían que ella se sintiera tan delicada.

—Si crees que vas a conseguir que cambie de idea sobre romper el compromiso, no te preocupes. Estaba condenado desde el principio.

—No voy a intentar disuadirlo de nada. Creo que estás mejor sin él.

Evidentemente, los lazos familiares entre ellos estaban debilitándose.

—Sigue siendo tu hermano, Aidan.

—Y su actitud ha perjudicado a uno de los productos más preciados del estudio.

Corri agradeció su apoyo, aunque no estaba segura de que le

gustara ser un producto. Corri el Producto. Eso era exactamente lo que había sido para Kevin.

—Si no puedo convencerte para que te enfrentes con él, prométeme que no harás una tontería. Yo ya he hecho bastantes tonterías hoy.

—No llevaré nada afilado —Aidan se inclinó y le dio un fugaz beso en la mejilla—. Vete a casa. Te llamaré más tarde.

Aidan salió del camerino, y Corri se llevó las yemas de los dedos a donde unos segundos antes habían estado los labios de él. Aidan nunca había sido de los que daban besos en las mejillas. No era proclive a las muestras de afecto. No era de los que manifestaban una emoción, salvo que fuera de crítica. Incluso entonces, empleaba un tono severo pero controlado. Aunque nunca lo había hecho con ella; nunca había tenido motivo, hasta ese día. Aun así, la había besado delicadamente en la mejilla.

Entonces, se acordó del último día de marzo. Se acordó de otro beso. Llevaba meses sin permitirse recordar eso, hasta ese momento. Acababa de empezar a salir con Kevin, y para celebrar el día de San Patricio en casa de Lucine y Dermot O'Brien se había puesto una camiseta que decía que ella no era irlandesa, pero que podían besarla. Los hermanos O'Brien le dieron un amistoso beso en la mejilla, todos menos Aidan. Ella acabó sola con él en la cocina, en la cocina de la madre de Aidan. Entonces, sucedió. Fue un beso inesperado, imprevisto y nada inocente. Corri se sintió tan culpable, que casi salió corriendo para reunirse con Kevin en la sala y fingió un dolor de cabeza para que él la llevara a casa. El fin de semana siguiente acompañó a Kevin a Jamaica y volvió prometida, por motivos desconocidos para todo el mundo. Luego, se enteró de que Aidan y su novia desde hacía bastante tiempo habían roto, por motivos que ella seguía sin saber. Sólo sabía una cosa: los hombres demasiado *sexys* sólo daban problemas. Aidan O'Brien entraba de lleno en esa categoría, y ella no quería más problemas.

Por suerte para Aidan, el coche de Kevin seguía aparcado en el garaje de su casa. Por desgracia para Kevin, Aidan no estaba de humor para charlar amistosamente. No sabía muy bien lo que iba a decirle a su hermano, pero estaba seguro de que no sería nada agradable. Llamó tres veces a la puerta antes de que su hermano abriera con el torso desnudo, como si acabara de levantarse de la cama. Kevin se pasó una mano por el pelo.

—Vaya, hermano mayor, ¿qué haces…?

Aidan lo apartó de un empujón, entró en la sala y sacó la carta.

—¿Qué es esto?

Kevin miró el papel y se sentó en el sofá.

—Te ha mandado Corri.

—Corri no quería que viniera, pero he venido y te exijo una explicación.

Kevin apoyó los pies en la mesita, se dejó caer contra el respaldo y se puso las manos en la nuca.

—No tengo mucho tiempo. El vuelo sale dentro de tres horas, y ya he tenido que cambiarlo una vez por otro compromiso. Además, no es asunto tuyo.

Aidan habría apostado a que ese compromiso no era de trabajo.

—Lo he tomado como mío. Podrías haber sido suficientemente hombre como para romper cara a cara.

—No me gustan las escenas de despedida. Es más fácil romper limpiamente.

—Eres un cobarde, Kevin. No te mereces a Corri. Nunca te las has merecido.

Kevin sonrió vanidosamente.

—Supongo que vas a decirme que tú sí te la mereces.

—No sé de qué estás hablando.

—Claro que lo sabes, Aidan. Siempre las has deseado, y llevas meses rabioso porque yo me la llevé antes que tú. Sin embargo, ya es toda tuya, si no te importa quedarte con mis migajas.

Aidan hizo acopio de toda la compostura que le quedaba.

—No voy dignarme a contestar a eso.

Kevin se levantó.

—Yo voy a pasar por alto lo que Corri dijo de mí en el programa. La mujer de mi jefe estaba viéndolo, y me lo ha contado. Acaban de ascenderme en la revista, y si mi puesto corre peligro por Corri, demandaré al estudio y a ella por difamación, me da igual que tú seas el dueño.

Aidan iba a contestarle que era imposible difamar a alguien que no tenía honor, cuando algo le llamó la atención. Era algo que se parecía mucho a un vestido de animadora y que estaba en el respaldo de una de las sillas del comedor. Fue hasta allí y levantó el jersey con el emblema de un equipo de baloncesto profesional.

—Salvo que estés potenciando tu lado femenino, supongo que la propietaria de esto está en tu dormitorio.

Kevin se levantó de un salto, fue hasta él y le arrebató el jersey.

—Lárgate, Aidan.

Aidan cerró los puños, pero se contuvo de darle un puñetazo. Habían tenido las diferencias normales cuando eran jóvenes, pero nunca había pegado a ninguno de sus hermanos. Sin embargo,

siempre había una primera vez, pero se le ocurrió algo mucho más efectivo. Algo que haría mucho más daño a Kevin; un golpe directo a su reputación profesional.

—Si vuelves a decir algo sobre demandar a Corri, hablaré personalmente con tu jefe. Le contaré que estás mucho más interesado en acostarte con las animadoras que en hacer tu trabajo.

Aidan se marchó antes de que Kevin pudiera replicar, y bajó andando para sosegarse. Esperaba que la amenaza surtiera efecto. Si no, Corri podría verse metida en una batalla legal con su exnovio. Era lo único positivo del día. Corri ya no estaba con Kevin y era libre de hacer lo que quisiera. Él no tendría ningún inconveniente en ayudarla a olvidarse de su hermano. Podría hacer que sus fantasías se hicieran realidad, aunque fuera lentamente. Si se precipitaba, ella podría salir corriendo.

# Capítulo Dos

Corri fue de un lado a otro de su apartamento durante tres horas y lo dejó como los chorros del oro. No era el ama de casa perfecta, aunque la cocina siempre estaba inmaculada. Su dormitorio, sin embargo, era otro cantar. La ropa solía quedarse donde había caído hasta que la recogía para hacer la colada, y los zapatos estaban por todos lados, incluso debajo de la cama. Se había criado en un ambiente tan estricto, que disfrutaba con la libertad de tenerlo todo patas arriba hasta que ya no podía soportarlo. En ese momento, no lo soportaba. Necesitaba un poco de orden en su vida. Se sentía como si estuviera montada en una montaña rusa sin poder bajarse.

Afortunadamente, las pocas veces que Kevin estuvo en su apartamento no dejó ningún recuerdo evidente. A todos los efectos, era como si nunca hubiera pasado por allí, como si nunca hubiera pasado por su vida. Seguramente, porque, en realidad, no había pasado.

Cuando sonó el timbre, Corri temió que fuera Kevin dispuesto a arreglar las cosas a instancias de Aidan. Si fuera él, se alegraría de poder darle con la puerta en las narices, como debería haber hecho hacía unos meses. Sin embargo, cuando miró por la mirilla, no vio a Kevin, sino a su hermano. Fue toda una sorpresa porque Aidan nunca había ido a visitarla. Corri abrió la puerta, e inmediatamente lamentó el aspecto tan espantoso que tenía.

—¿Qué haces por aquí?

Él alargó una bolsa de papel marrón.

—He traído una botella de vino. He pensado que a lo mejor te apetecía un poco.

—Claro, pasa.

Aidan la siguió a la sala y se quitó la chaqueta.

—Es un sitio muy bonito, y está alejado del centro.

—Me gusta la tranquilidad —también le gustaba él con el polo azul marino, los vaqueros gastados y las zapatillas—. Caramba, estoy tan acostumbrada a verte con traje, que siempre me sorprende verte vestido así.

—Estamos empatados. Casi nunca te veo sin el maquillaje y el peinado para la televisión.

Ella se llevó la mano al pelo. No se lo había secado cuando salió

de la ducha; ni siquiera se lo había cepillado. Por no decir nada de la camiseta, que era casi un harapo.

—Estoy espantosa.

—Estás sensacional.

A juzgar por el tono complacido de su voz, ella empezó a creérselo.

—Gracias. Siéntate, iba a preparar algo de cena. ¿Has cenado ya?

—No —él se sentó en el sofá y dejó la botella en la mesa—, pero no hace falta que cocines, podemos pedir comida china o una *pizza*.

—Te aseguro que no es nada del otro mundo —replicó ella mientras iba a la diminuta cocina.

Salvo que él pensara que los perritos calientes eran algo del otro mundo, porque eso era lo que iba a prepararse. Había pasado por el supermercado de vuelta a casa y se había provisto de todo tipo de comida basura, como galletas con chocolate y distintos refrescos con gas. Al día siguiente iría al gimnasio e intentaría mitigar los daños.

Corri metió tres perritos calientes en el microondas, uno para ella y dos para Aidan. Luego, sacó las guarniciones y los cubiertos y los puso en una bandeja de madera. También sacó unas copas con bordes dorados que Kevin le había llevado en julio desde Pamplona en un intento de reconciliarse por haberse olvidado de su cumpleaños. Si no hubieran sido tan bonitas, las habría estampado contra la pared como había hecho con el anillo. Se metió un sacacorchos en el bolsillo, sujetó una bolsa de patatas debajo de la barbilla y llevó la bandeja hasta la mesa que había delante del sofá.

—Perritos calientes al estilo Corri.

Aidan miró un rato los perritos calientes.

—Las servilletas de tela dan un toque muy especial.

Corri comprendió que quedaban bastante raras entre los platos de papel, pero estaba más preocupada en agradar a Aidan.

—Puedo hacerte una tortilla si esto no te gusta.

Él agarró la botella.

—Me parece muy bien. No tomo un perrito caliente desde el verano pasado.

Corri se alegró porque no le apetecía nada cocinar. Se sentó en el sofá, a una distancia prudencial de él, pero sintió cierto nerviosismo. Era absurdo. Él era su jefe, su amigo. Sin embargo, también era Aidan, y estaba en su casa, no en el estudio.

—Si quieres un poco de queso fundido, te lo hago.

—No hace falta —Aidan tomó un cuchillo y se lo ofreció a ella

—. A lo mejor te viene bien para descargar tu desesperación en el perrito caliente.

Si él no se lo hubiera dicho con una sonrisa tan *sexy*, ella podría haberse ofendido.

—Muy gracioso. Creo que ya he desmenuzado bastante por hoy —ella le dio el sacacorchos—. Haz los honores.

Aidan descorchó la botella de vino con la pericia del alguien muy experto. Ella estuvo segura de que no sería la primera vez que lo hacía con alguna mujer. Desde que rompió con su novia, él había quedado con varías chicas, y algunas de ellas se habían presentado por el estudio para preguntar por él, pero Stella, la implacable secretaria de Aidan, las había despachado. Sin embargo, que ella supiera, él no había salido con nadie seriamente. Aunque tampoco le importaba.

Aidan sirvió el vino y dio una copa a Corri.

—Por las buenas audiencias.

—Beberé por eso —concedió Corri mientras chocaba la copa.

En ese momento, habría bebido por cualquier cosa.

Para cuando ella terminó su perrito caliente, él ya se había comido los dos. Abrió la bolsa de patatas y se la acercó a él.

—Toma, por si te has quedado con hambre.

—No gracias —Aidan las rechazó con un gesto de la mano.

Corri se puso algunas patatas en el plato.

—Yo tampoco debería comerlas, pero después de un día como hoy, me apetece zampar.

Efectivamente, se comió las patatas en un abrir y cerrar de ojos.

—Inclínate un poco hacia mí —le dijo Aidan.

—¿Por qué? —le preguntó ella con nerviosismo.

—Tienes un poco de mostaza en los labios.

—Dime dónde, y yo me la quitaré.

—Ya te la quito yo.

Ella supuso que lo haría con una servilleta, pero le tomó la barbilla en la mano y le pasó varias veces el pulgar por el labio.

—Ya está.

Si ya estaba, ¿por qué no apartaba la mano? ¿Por qué seguía mirándola como si quisiera repetir el beso de la cocina? ¿Por qué deseaba ella que la besara? Sencillamente, porque estaba mal de la cabeza. Por fin, él le soltó la cara y tomó un sorbo de vino. Corri se apoyó contra el respaldo del sofá, con el vino en la mano, y pensó en algo que decir para romper ese silencio tan incómodo. Se le ocurrió algo que debería haberle preguntado en cuanto él entró en su casa.

—¿Encontraste a Kevin?

Él se cambió de postura con cierta agitación.

—Sí. Estaba en su casa. Todavía no había salido hacia el aeropuerto.

—¿Qué dijo?

—Que me ocupara de mis asuntos. Yo le dije que era un cobarde.

Eso hizo que Corri se sintiera muy satisfecha.

—No le pegaste, ¿verdad?

—No, pero tuve ganas cuando amenazó con demandarnos a ti y al estudio por el programa.

—Lo siento, Aidan —Corri cerró los ojos—. Normalmente no ve el programa.

—No lo vio. Lo vio la mujer de su jefe.

—Perfecto.

—Yo también le amenacé. No te preocupes por eso.

Corri bebió un poco de vino.

—¿Con qué lo amenazaste?

—Le dije que le contaría al director que su nuevo reportero jefe estaba dedicándose a actividades extra laborales cuando debería estar en Baltimore.

—Entonces, lo han ascendido…

—¿No te lo contó?

—No —eso, sin embargo, explicaba la ruptura; ya no la necesitaba—. Estaba con otra mujer.

—Sí, una animadora. Siento ser yo quien te lo cuente.

Sin embargo, no parecía sentirlo lo más mínimo.

—No me impresiona, Aidan. Ya te dije que mi relación con Kevin estaba condenada al desastre desde el principio.

—No lo entiendo —la miró fijamente—. Si sabías que no iba a salir bien, ¿por qué aceptaste casarte con él?

Ella no había pensado contarle a nadie por qué se había prometido. Todo ello le abochornaba. Sin embargo, él había sido su caballero andante esa tarde y le debía una explicación. Si eso acababa con su amistad, ella se lo habría merecido por ser tan estúpida.

—Es una historia muy larga.

—Tengo toda la noche. Cuéntamela.

Corri tomó aliento, apuró la copa de vino y la dejó en la bandeja.

—En el viaje a Jamaica de marzo había una convención con algunos ejecutivos de la revista, entre otros el jefe de Kevin. Kevin

me dijo que Ed y su mujer eran muy conservadores, y me convenció de que sería mejor decirles que estábamos prometidos.

—Un momento —Aidan levantó las manos—. ¿El compromiso fue una farsa?

A Corri la pareció sórdido, seguramente, porque lo era.

—Podría decirse que sí.

—Entonces, por qué no lo aclarasteis todo cuando volvisteis.

Ahí empezaba la parte complicada.

—Kevin quiso mantener la simulación hasta que consiguiera el ascenso, y tardó más de lo que había previsto. Yo asistí a todas las fiestas como si fuera su prometida porque él creía que daría mejor impresión si parecía que estaba sentando la cabeza.

Aidan se inclinó hacia delante.

—Eres una mujer inteligente, Corri. No puedo creerme que siguieras ese juego durante nueve meses.

—Había pensado terminarlo mucho antes, pero Freed se enteró del compromiso y decidió incorporar el inminente matrimonio al programa. Entonces, la audiencia se disparó. No pude romper, y elegí seguir con la representación.

—Freed produce tu programa porque yo se lo encargué. Deberías habérmelo dicho.

—Y yo podría haberme quedado sin el trabajo de mis sueños. Los dos sabemos que mi audiencia era bastante inestable antes de que me fuera a Jamaica.

Él se quedó en silencio, y cuando Corri no aguantó más, siguió.

—Ya sé que crees que estoy loca, y te aseguro que yo misma he dudado de mi cordura durante los últimos meses.

—¿La escena de hoy ha sido una representación?

Ella se miró las manos, que tenía cruzadas sobre el regazo, porque le daba vergüenza mirarlo a él.

—No. Estaba muy dolida por lo que me había hecho Kevin. La furia era verdadera.

—Entonces, él te importaba.

—No habría hecho lo que hice por alguien a quien odiara. Aunque tengo que reconocer que me hizo algunas cosas… —Corri suspiró—. Da igual, ya no va a ninguna parte.

Una sombra de rabia cruzó el rostro de Aidan.

—Dime lo que te hizo.

—No es lo que te imaginas —él, en realidad, no le había hecho nada a ella, ni con ella, en un sentido sexual, pero no estaba preparada para desvelarlo—. Cuando acordamos lo del compromiso, también acordamos seguir saliendo. Kevin interpretó que se refería

a no salir sólo conmigo, sino con otras mujeres por todo el país. Acabé decidiendo que él nunca tendría suficiente.

—Kevin nunca ha tenido una relación estable con nadie durante cierto tiempo —le explicó Aidan—. Nunca cambiará.

Corri lo había aprendido por experiencia propia.

—Siempre he sido una persona segura de mí misma y contenta conmigo misma, pero Kevin hizo que dudara de mí, y eso es lo que más he detestado.

—Eres una mujer hermosa, Corri. Aunque mi hermano estuviera ciego para verlo.

—Puede ser muy encantador.

—Está mimado. De niños él siempre se salía con la suya mientras los demás teníamos que aguantarnos. Eso fue culpa de mi madre. Kevin fue el gemelo enfermizo y casi murió en el parto. Mi madre siempre hacía lo que fuera por defenderlo, independientemente de lo que hubiera hecho.

—¡Tu madre! —Corri se tapó la cara con las manos—. Siempre ve el programa. Pensará que soy un monstruo.

Aidan pasó un brazo por el respaldo del sofá y la tocó en el hombro para captar su atención.

—No te preocupes. Mis padres están en Wisconsin visitando a la hermana de mi padre. No volverán hasta Nochebuena.

Corri sintió cierto alivio, aunque era inevitable que tuviera que encontrarse con los señores O'Brien. Por lo menos tenía unos días para prepararse. Después de Navidad iría a visitarlos y hablaría con ellos.

—Espero que nadie se lo cuente antes de que yo tenga la oportunidad de explicárselo todo.

—No creo que ninguno de los hermanos vaya a decirle nada, y estoy casi seguro de que Kevin no va a ser quien tire la bomba, al menos por el momento.

Corri empezó a sentirse agotada, y suspiró.

—Estoy demasiado cansada para pensar en este momento.

Aidan le dio una palmada en el muslo y se levantó.

—Entonces, dejaré que te acuestes.

Aidan le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, y ella la tomó sin vacilar.

—Si decidieras no seguir siendo mi amigo, no te lo reprocharía.

—Corri, no debes temer por nuestra amistad. Aunque sigo sin entender del todo lo que me has contado, sí lo he entendido hasta cierto punto.

—¿De verdad?

—Sí. Los dos estamos obsesionados con nuestras profesiones y estamos dispuestos ha hacer muchas cosas por triunfar.

Dado que Aidan sólo tenía treinta y cinco años, él ya había llegado bastante lejos.

—¿Qué cosas has hecho?

—También es una historia muy larga. Te la contaré otra vez. Acompáñame hasta la puerta antes de que te quedes dormida ahí mismo.

Cuando llegaron a la puerta, Corri le dio un abrazo y, acto seguido, lo soltó.

—Muchas gracias por escucharme.

Aidan, sorprendentemente, siguió rodeándola con los brazos.

—Voy a decirte algo que no te había dicho nunca.

Corri no supo si sería capaz de asimilar más noticias sorprendentes. No estaba segura de poder pensar con Aidan tan cerca.

—Parece algo importante.

—Lo es —Aidan la estrechó un poco contra sí—. ¿Te acuerdas de ese mandil rojo que te pones de vez en cuando para el programa?

—Claro, es uno de mis favoritos.

—También de los míos. Te he imaginado con él puesto… y nada más.

Eso ya era demasiado para ella. No podía digerirlo.

—No sé qué decirte, Aidan.

—No hace falta que digas nada, pero si quieres que alguien te borre los problemas de la cabeza, cuenta conmigo. Sólo tienes que pedírmelo cuando quieras, y no me refiero sólo a problemas relacionados con el trabajo.

Ella necesitaba que él dejara de mirarla con aquellos ojos verdes cautivadores. Ella tenía que dejar de mirar al arrebatador hoyuelo de la barbilla y, sobre todo, a esos labios increíbles. Sabía por experiencia propia lo increíbles que eran y lo que se sentía al besarlos. Deseó que él la besara, aunque fuera una idea pésima.

Él le apartó el pelo del hombro y, en vez de besarla en los labios, la besó en el cuello, justo debajo de la oreja.

—Corri, recuerda que si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que pedírmelo.

Él salió antes de que ella pudiera recuperarse de ese gesto sencillo pero *sexy* y antes de que ella pudiera contestar a su proposición. Tenía que estar mal de la cabeza para sentirse tan atraída por Aidan después de haber pasado por todo eso. Un

hermano O'Brien en su vida era más que suficiente, aunque Aidan fuera lo opuesto a Kevin.

Era impresionantemente fuerte, *sexy* y tentador. Esa noche, ella había captado los pequeños detalles. Por ejemplo, que los ojos verdes se le oscurecían cuando se ponía serio, y más claros, cuando sonreía, algo poco frecuente. Claro, que si lo hiciera, ella se derretiría cada dos por tres. Corri se obligó a volver a la realidad. El ejemplo de sus padres le había enseñado a evitar por todos los medios una afinidad excesiva en las relaciones. Cuando se esfumó la pasión entre Bridgette y James Harris, no quedó nada, salvo una adolescente atrapada en medio de las batallas de sus padres. Por eso, entre otras cosas, ir más allá de la amistad con Aidan era una idea muy mala. Si la pasión soterrada acababa explotando, ella no estaba segura de que pudiera resistir estar en la línea de fuego de Aidan.

Cuando aquel hombre entró en la sala, Corri estuvo a punto de tirarse de la cinta mecánica en marcha. Por un segundo, creyó que estaba a punto de encontrarse cara a cara con su pasado. Debió haberse dado cuenta de que quien se acercaba era Rieran y Kevin, aunque fueran gemelos y como dos gotas de agua. Después de esos meses, había llegado a distinguir las diferencias físicas. Tenían el mismo pelo y ojos oscuros, pero Rieran era zurdo y mucho más vigoroso. Esto era normal porque era entrenador personal y dueño de tres gimnasios muy conocidos; uno era en el que ella estaba en ese momento. Cuando Rieran llegó, ella sonrió, aunque no tenía ningunas ganas de ver a la réplica de su exnovio en ese momento.

—Hola, Rieran.

—Hola, Corri. Seguramente sea la última persona que quieras ver después de la jugada de Kevin.

—Así que ya te has enterado…

—Lo vi —aclaró él—. Ayer por la tarde puse el programa en todos los gimnasios.

Sensacional, toda la población en forma de Houston estaría preguntándose por su salud mental.

—Normalmente, te lo habría agradecido, pero, después de mi arrebato, a lo mejor quieres prohibirme la entrada para garantizar la seguridad de tus clientes masculinos.

—No me preocupa eso —replicó él con una sonrisa—. Me preocupas tú, y te pido perdón porque Kevin sea un majadero.

—No es culpa tuya, Rieran. No eres el guardián de tu hermano.

—Lo fui en el pasado, Corri. Me ha hecho algunas cosas bastante imperdonables. Si quieres que le dé una paliza, dímelo. Llevo algún

tiempo buscando una buena excusa.

Al menos casi todos los hermanos O'Brien tenían honor, aunque Kevin no hubiera recibido esos genes.

—Aidan ya ha tenido una charla con Kevin, pero no ha servido de mucho.

—Me sorprende que Aidan no le haya dado para el pelo si tenemos en cuenta lo que siente por ti.

—Es un buen amigo.

Rieran la miró con incredulidad.

—¿Crees que él se conforma con eso, Corri?

—No tengo motivos para pensar otra cosa.

No era exactamente verdad. Aunque ella había negado conscientemente las sutiles señales durante meses, habían existido: la había mirado ardientemente, la había rozado de una manera que a la mayoría de la gente le habría parecido poco inocente, decía su nombre de una forma muy especial, delicada, grave y *sexy*, de tal forma que ella sabía perfectamente cómo sonaría si saliera de su boca cuando estaban haciendo el amor.

—¿Qué me dices de aquel beso el día de San Patricio?

Corri dejó de darle vueltas a la cabeza y se quedó boquiabierta.

—¿Sabes eso?

—Casi todo el mundo lo sabe.

—Define «casi».

—Si te preocupa que lo sepa mamá, no te preocupes, pero todos los chicos, incluido Kevin, lo saben. No estoy seguro sobre Mallory y papá.

Ella había creído que ya no era posible llevarse más sorpresas que las que se había llevado durante los dos días anteriores.

—¿Os lo dijo Aidan?

—¿Estás de broma? Aidan nunca dice nada. Kevin os vio.

A Corri le pareció inexplicable que Kevin no se lo hubiera dicho nunca.

—¿Sabe Aidan que lo sabe todo el mundo?

—No creo. Es algo que sólo os incumbe a Aidan y a ti.

Ella sacudió una mano con indiferencia.

—Da igual. Es algo que pasó hace unos meses. Ya lo he olvidado.

Kieran no parecía muy convencido.

—Lo que tú digas, pero también te diré algo: si le das la oportunidad, Aidan estará contigo en un abrir y cerrar de ojos. Una advertencia: cuando Aidan quiere algo, lo consigue siempre, estate preparada.

Aidan no estaba preparado cuando Corri irrumpió en su despacho con unos leotardos negros y una cazadora azul intenso. Tenía el pelo recogido en lo alto de la cabeza y dos mechones dorados le enmarcaban el rostro congestionado. Cada centímetro de ella exudaba sexo, y la libido de Aidan estaba receptiva. Corri cerró la puerta y se apoyó en ella como si las piernas no la sujetaran.

—Me alegro de que estés aquí.

—Creía que te había dicho que te quedaras unos días en casa.

—He ido al gimnasio y me he encontrado con Kieran. Me ha contado algo que me gustaría comentar contigo —Corri se acercó y apoyó las manos en el borde de la mesa—. ¿Sabías que Kieran sabía lo de la cocina?

Él cerró el ordenador portátil y la miró a los ojos aunque habría preferido mirarla de arriba abajo.

—Supongo que vio el programa ayer.

—No me refiero a esa cocina —Corri se sentó en la silla—. Me refiero a aquel día de marzo en casa de tus padres. A aquella cocina. Es más, Kieran me dijo que todos tus hermanos lo saben, entre ellos Kevin.

Seguramente eso era una explicación para que Kevin persiguiera tan insistentemente a Corri. Su hermano pequeño era especialmente competitivo.

—Me da igual quién lo sepa, Corri. No te acorralé contra un armario —Aidan intentó, sin éxito, no imaginarse esa situación—. Sólo fue un beso.

—Ya sé lo que fue. Yo también estaba allí, ¿te acuerdas?

—Claro, no he olvidado ni un segundo, recuerdo todos los detalles.

—Yo recuerdo que fue una gran equivocación.

Él había pensado recordarle un día de ésos lo maravilloso que había sido, pero en ese momento tenía que centrarse en el trabajo, no en un recuerdo que había revivido más de una vez.

—¿Has comprobado tus correos electrónicos de hoy?

Ella se quedó sorprendida por el cambio de tema.

—Había decidido esperar un poco para hacerlo.

—Yo ya los he mirado.

Ella empezó a subirse y bajarse la cremallera de la cazadora, lo que permitió que Aidan vislumbrara sus pechos ceñidos por una camiseta blanca.

—¿Son muy espantosos?

Si ella no terminaba con ese movimiento, podría ser espantoso. Él podría dar la vuelta a la mesa, quitarle esa maldita cazadora y no

conformarse con eso.

—La mayoría son de mujeres y te apoyan. Algunos son de hombres que se ofrecen para consolarte. Uno ha mandado un correo con una sola palabra.

—¿Cuál?

—¡Ay! Bueno, tienes que decidir si quieres seguir con la grabación para Nochevieja del próximo miércoles o prefieres que lo sustituya con alguno de tus otros programas.

Ella lo meditó un segundo.

—Haré la grabación. Así podré disculparme.

Aidan sacó algo de detrás de él.

—Hablando de Nochevieja, sigues programada para participar en la subasta para recaudar fondos para la beneficencia infantil.

—Se me había olvidado completamente. ¿Crees que siguen queriendo subastarme?

—Según Stella, han llamado esta mañana para confirmarlo, pero puedes echarte atrás.

Él esperó que lo hiciera. No le gustaba la idea de que alguien pujara para salir con ella.

—Es por una buena causa. Lo haré —replicó Corri después de pensarlo un instante—. Además, sólo es una cena, ¿qué podría pasar?

Podría encontrarse con alguien que quisiera hacer que se olvidara de sus problemas antes de que él tuviera la oportunidad de hacerlo, pero todavía tenía tiempo.

—Se lo diré a Stella. Eso es todo por el momento.

—Otra cosa —ella se inclinó sobre la mesa con las manos cruzadas—. ¿Grabaste el programa en tu televisión?

—Lo hice porque era en directo —grababa todos los programas para poder analizarla en un sentido nada profesional—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque yo no lo grabé. Estaba tan nerviosa, que me olvidé. Si te parece bien, he pensado que podría verlo en tu casa esta tarde. También podría verlo aquí, pero prefiero ver mi ridículo en privado.

Él no estaba seguro de que ella estuviera emocionalmente preparada para verlo, sobre todo sola.

—¿No prefieres esperar un par de días?

—No. Prefiero quitármelo de encima. Espero que no sea tan horrible como creo que es. Si me dejas una llave, te la devolveré antes de que te vayas de aquí esta noche.

Aidan no estaba dispuesto a dejarla sola, y apretó el botón de intercomunicador.

—Stella, dile a Freed que ha surgido algo y que me reuniré con él después de comer y no durante la comida.

Aidan, sin esperar la respuesta de su secretaria, se volvió hacia Corri.

—Iré contigo.

—No hace falta, Aidan. A no ser que temas que me lleve todos los objetos de valor o deje la casa llena de trocitos de pepino.

Él se levantó y dio la vuelta a la mesa.

—Me dan igual las dos cosas, pero nunca has estado en mi casa y no sabes dónde está.

—Ya que lo planteas así… —Corri sacó un juego de llaves del bolsillo—. Yo conduciré.

Aidan no iba a discutirlo. Dejaría que ella llevara la batuta. Ya encontraría el momento y la manera adecuada de convencerla para que delegara un poco.

# Capítulo Tres

Corri, avergonzada, le dio el mando a distancia a Aidan y bajó la cabeza.

—Ya he visto bastante.

—¿Estás segura? Puedo pasarlo a cámara lenta para que captes todo el efecto del machete.

Ella lo habría tirado al suelo de una patada en el trasero.

—Me alegro de que te resulte gracioso, porque a mí no me lo resulta. Parecía una loca de atar.

—Parecías ligeramente enojada —replicó él con tono irónico.

—No puedo soportar la idea de que tu padre y tu madre vayan a verlo.

Aidan levantó el mando a distancia y apretó el botón para borrar todo lo grabado.

—Ya no tienes que preocuparte de que puedan verlo aquí, y como no tienen la tecnología más avanzada, dudo que lo hayan grabado.

Corri detestaba engañar a gente tan maravillosa como Dermot y Lucine O'Brien, pero ya les había mentido con Kevin, y eso la avergonzaba más todavía.

—Me espanta volver a verlos, en el caso de que ellos quieran volver a verme…

Otra cosa que Kevin le había arrebatado.

—Eres casi una más de la familia, Corri. Mi madre te considera su segunda hija.

—Era una de la familia, Aidan. Ya no lo soy.

Corri, inquieta, se levantó del sofá y fue hasta el ventanal para admirar la impresionante vista. La casa estaba a unos kilómetros del centro, y ella se quedó sorprendida de los lagos y las fuentes de esa zona. El interior de la casa estaba decorado con muebles contemporáneos que encajaban muy bien con Aidan.

—¿Quieres hacer algo en concreto, Corri?

Ella se dio la vuelta, sobresaltada, y estuvo a punto de perder el equilibrio. Se agarró a las solapas de Aidan, y él la miró como la noche anterior, cuando ella creyó que iba a besarla como el día de San Patricio. Tenía el ventanal a sus espaldas y no podía salir corriendo, en caso de que quisiera hacerlo. Era curioso, ella no tenía

ganas de moverse, pero tenía que moverse, alejarse de él en vez de acercarse, si no podría cometer otra estúpida equivocación.

—Podrías enseñarme la casa. A no ser que tengas que volver al estudio.

—Freed puede esperar. No tengo prisa.

Corri tampoco la tenía. Le esperaba una casa vacía y la obsesión con el programa, así que pasar un rato con Aidan la distraería un poco.

Corri siguió a Aidan a través del comedor y entró en una cocina gigantesca. La cocina de sus sueños.

—Es increíble —comentó ella mientras pasaba la mano por la encimera de granito negro.

—Me alegro de que te guste.

Ella se volvió y se apoyó en la encimera, pero comprobó que Aidan se había quedado a cierta distancia; seguramente, era una buena idea. Estaba tan apetecible, que ella podría volver a dejarse llevar en una cocina.

—Es impresionante. ¿La has usado alguna vez?

—Sólo el microondas, pero estás invitada a usarla cuando quieras. Es más, deberíamos empezar pronto.

Aidan se acercó a ella rebosante de confianza en sí mismo, con un traje azul hecho a medida y un brillo abrasador en los ojos verdes. Esa vez, Corri sí podía esquivarlo. Sin embargo, ni lo intentó, ni siquiera cuando él puso las manos en la encimera a ambos lados de ella y se inclinó hacia delante.

—No es la cocina de mi madre, pero tendrá que servir.

Después de pasar meses reprimiendo los recuerdos, Corri esperó con anhelo que se repitiera aquel día de marzo, aunque sabía que no debería hacerlo. Cuando Aidan la besó, se dio cuenta de que ella tampoco se había olvidado de ningún detalle, pero la realidad era muchísimo mejor que los recuerdos. Aidan había llevado el arte de besar a lo más alto. Empezó lenta y delicadamente, casi provocadoramente, antes de introducir la lengua. La sensación embriagadora hizo que le pareciera que estaría durante horas en sus brazos, bajo su hechizo. Sin aviso previo, la levantó y la sentó sobre la encimera mientras él se colocaba entre las piernas separadas. Con una mano, y muy lentamente, le bajó la cremallera de la cazadora, la agarró de los costados y le acarició las costillas con los pulgares. Si Corri hubiera tenido alguna prevención, se había olvidado de ella en cuanto Aidan le tomó los pechos en las manos y le acarició los pezones por encima del algodón. Sin embargo, en cuanto él acabó con toda resistencia, dejó de besarla y le puso las manos en las

caderas. Ella podía ver el deseo en sus ojos.

—Podría bajarme la bragueta en dos segundos y hacerte el amor aquí mismo —Aidan le subió la cremallera de la cazadora—. Pero…

¿Pero qué? No era el momento de peros. Sobre todo cuando ella estaba deseando que él siguiera adelante antes de que ella recuperara el sentido común.

—Tengo una cita antes de una hora para hablar de tu programa.

Corri sintió como si le hubiera tirado un cubo de agua helada.

—¿No debería estar yo en la reunión?

Aidan la bajó de la encimera.

—Déjame que yo me ocupe, Corri.

Él volvió a abrazarla y le pasó una mano por la cadera.

—Algún día, pronto, también me ocuparé de tus otras necesidades.

—Podría haber sido peor, Aidan. Corri saldrá viva de esto. En realidad, seguramente sea más apreciada que antes.

—Puedes estar seguro —añadió Parker Hampton—. Me ha llamado un amigo de la televisión por cable. Se rumorea que van a hacer una oferta a Corri a principios de año.

No era una novedad para Aidan. La agente de Corri se lo había dicho en una fiesta la semana anterior. A él le espantaba la idea de que ella dejara el estudio, pero era una oportunidad que no se daba muchas veces en esa profesión, y no podía impedir que Corri la aprovechara.

—¿El canal por cable vio el último programa? —preguntó Freed.

—Sí, y según tengo entendido, no les importa —contestó Parker —. Es un principio del cable. Si es controvertido, a por ello.

—Todavía no hay nada cerrado —intervino Aidan—. Sigamos.

—Pero si sale adelante, tendríamos que rescindirle el contrato —dijo Freed—. Habrá que mirarlo.

El humor de Aidan iba de mal en peor.

—Todavía no vamos a hacer nada, y nada de lo dicho en esta habitación saldrá de aquí hasta que esté confirmado.

—Yo no voy a decir nada —aseguró Parker.

—Yo tampoco —añadió Freed.

Aidan dejó el bolígrafo a un lado y se dejó caer sobre el respaldo de la butaca.

—Si no tenéis nada que añadir, la reunión ha terminado.

—Yo tengo una cosa más que decir —intervino Freed—. Vamos a hacer la vista gorda con Corinna esta vez, pero si vuelve a organizar otra así, está despedida.

Aidan lo miró con dureza.

—Eso lo decidiré yo, no tú.

Desgraciadamente, no podía garantizar que Corri no volviera a hacer algo parecido si alguien la enfadaba, lo cual significaba que tenía que andarse con cuidado.

—Cuento con que te ocupes de que se comportará bien de ahora en adelante.

Freed se levantó y se marchó. Parker no se había movido ni un centímetro, y eso fastidiaba a Aidan.

—¿Qué pasa, Hampton?

—Sólo una pregunta. ¿Tenéis algo entre manos Corri y tú?

Quiso decir al ayudante de producción que eso no era de su incumbencia, pero sólo conseguiría avivar las conjeturas de Parker, y lo peor para Corri sería ser la comidilla de todo el estudio.

—Estuvo prometida con mi hermano. Aparte, sólo somos amigos.

—Amigo —Parker se levantó—. Entonces, te daré un consejo. Deja de mirarla como si quisieras comértela.

Parker se marchó sin darle la oportunidad de replicar. Aidan agarró el bolígrafo y lo tiró contra la pared. Siempre había conseguido disimular sus asuntos personales, incluso cuando trabajaba con Tamara y dormían juntos. No entendía por qué le costaba tanto ocultar su atracción hacia Corri. A partir de ese momento, se cercioraría de que nadie supiera que la deseaba, aunque eso significara rehuirla hasta que las cosas se calmaran.

Corri no sabía qué había hecho para justificar el rechazo de Aidan durante los dos días anteriores, pero estaba dispuesta a llegar al fondo del asunto y a hacerlo pronto.

Hacía quince minutos le había pedido a Stella que le dijera a Aidan que se encontrara con ella en su camerino, donde se encerraba para preparar los próximos menús. Llevaba cinco minutos mirando el ordenador portátil y arrepintiéndose de haber aceptado seguir con el programa de Nochevieja. Normalmente, no se habría planteado algo tan tradicional como el jamón, pero lo sencillo podría salir mejor que intentar cocinar un pato sin organizar un desastre.

Cuando oyó que la puerta se abría, ella no apartó la mirada del menú a medio preparar. No quería parecer nerviosa, aunque quería darse la vuelta en el taburete y exigir respuestas.

—¿Qué quieres, Corri?

Ella lo vio reflejado en el espejo y volvió a mirar al ordenador.

—Intento decidirme si hacer una *vichyssoise* o una sopa de pimientos verdes picantes. Frío o caliente, como están los ánimos

por aquí últimamente.

Él se acercó y apoyó las manos en el respaldo del taburete.

—¿Estás enfadada por algo?

Corri cerró el ordenador portátil.

—Claro que no. ¿Por qué iba estar enfadada cuando no sé si tengo trabajo porque mi jefe no me ha dirigido la palabra en dos días?

Aidan le dio la vuelta al taburete.

—Si estás preguntándote por qué no te he llamado, tengo mis motivos.

—¿Te importaría decírmelos, para variar?

—Primero, no tenía mucho que decirte sobre la reunión salvo que todo parece ir bastante bien en cuanto a lo que se refiere a la reacción de la audiencia. Segundo, quería darte algo de tiempo para que pensaras lo que está pasando entre nosotros.

Ella consiguió volver a dar la vuelta al taburete para poder pensar sin tener que mirar a aquella cara increíble, pero, desgraciadamente, el espejo le daba una imagen perfecta.

—No estoy segura de que haya algo que pensar, Aidan. Estoy saliendo de una relación espantosa, y tú te has ofrecido para ayudarme a superarla. Ni siquiera sé si tengo que tenerlo en cuenta en este momento.

Cuando él apoyó las manos en sus hombros, la cabeza de Corri gritó que no la tocara o todo se iría al garete, pero su cuerpo sintió un calor que la abrasaba lentamente.

Aidan la miró a los ojos en el espejo.

—No quiero presionarte, y por eso quería darte algo de tiempo. Si quieres que deje de intentarlo, dímelo ahora.

Ella cerró los ojos e intentó emitir la palabra «déjalo», pero no lo consiguió.

—Si dijera que no quiero estar contigo, estaría mintiendo a los dos.

Él se inclinó y le rozó la oreja con los labios.

—No sabes cuánto me ha costado darte espacio cuando no es lo que quiero darte en absoluto.

—Ya he tenido bastante espacio —replicó ella que, sensatamente o no, lo deseaba.

Él bajó las palmas de las manos sobre la blusa y se detuvo brevemente en los pechos antes de volver a apoyarlas en los hombros. La besó por todo el cuello, aunque ella habría preferido un poco de acción en los labios. Corri giró el taburete, y él la levantó y la estrechó entre los brazos. Ella tuvo una vaga idea de lo

peligroso que era ser tan impulsivos en el trabajo, pero no le importó. Sólo le importaba conseguir por fin lo que había anhelado tanto durante los dos últimos días, otro beso irresistible de Aidan.

Sin saber cómo, intercambiaron los papeles, y Aidan acabó sentado en el taburete. Ella se sentó a horcajadas sobre sus muslos.

—La puerta —cayó ella en la cuenta.

—Está bloqueada.

Ella creyó por un instante que él había planeado ese momento de locura, pero se acordó de que cuando la puerta se cerraba sólo podía abrirse con un código de entrada. Era una medida de protección para ella, pero se preguntó qué iba a protegerla de cometer el disparate que iba a cometer. Se olvidó de eso en cuanto Aidan le desabotonó la blusa, y ella le soltó la corbata y le abrió la camisa entre besos abrasadores. Él le tomó los pechos con las manos sobre el sujetador de seda, y ella le acarició todo el pecho. De modo que ésa era la pasión irresistible que hacía que mujeres sensatas se dejaran llevar por los estímulos sexuales en los sitios más insospechados; ésa era la hoguera espontánea que hacía que una chica equilibrada de Nuevo México perdiera la cabeza. Aquello contra lo que su madre la había prevenido. Sin embargo, se había montado en el tren de Aidan con destino a la insensatez y no quería bajarse antes del final del trayecto.

Cuando él le soltó el botón de los pantalones, ella lo miró, vio fuego en sus ojos y se preguntó si no iría a quemarse. Sin embargo, ¿qué mejor forma de arder?

Llamaron a la puerta, y se oyó la voz de Julie.

—Freed tiene que verte, Corri.

Corri se aclaró las ideas antes de aclararse la garganta.

—Enseguida voy.

Aidan bajó las manos a sus caderas y cerró los ojos un instante antes de atravesarla con la mirada.

—No podemos hacer esto aquí y arriesgarnos a que nos descubran.

—Es un disparate, Aidan.

—Es atracción, Corri. Podemos intentar combatirla, pero seguirá pasando hasta que lo aceptes y cedas.

Ella sabía perfectamente lo que era, y no sabía cómo llevarlo. El primer paso era levantarse de su regazo. Tenía que alejarse de él para poder pensar. Fue hasta el otro extremo del camerino y se volvió para mirarlo.

—Es un error.

Él también se levantó y se acercó a ella hasta casi arrinconarla

contra la pared.

—Es un acierto, Corri. Lo será en cuanto lo convierta en un acierto, pero hacerlo en el estudio no saldrá bien.

—Hace un par de minutos no te importaba dónde estábamos.

—Porque perdí el juicio al estar contigo —le tomó la barbilla con la mano y la besó en los labios—. Ven a casa esta noche. Te recogeré.

—Supongo que podría sacar partido a tu cocina.

—Yo podría darte de cenar… —Aidan puso los ojos en blanco—. Algo muy especial…

Los dos sabían que esa cita no tenía nada que ver con la comida.

—Pasaré por tu casa a las ocho.

—Eso es muy tarde —replicó ella con entusiasmo.

—De acuerdo, a las siete. Me iré pronto de aquí.

—Puedo ir con mi coche —quizá ella decidiera dar por terminado ese disparate y quisiera largarse—. Compraré algunas cosas en la tienda. ¿Quieres algo en concreto?

—Sí. Lleva el mandil rojo —contestó él con una sonrisa mortal.

Corri no podía creerse que hubiera llevado el mandil rojo. Más aún, lo llevaba puesto, aunque vestida, naturalmente. Había metido un solomillo con queso azul y unas patatas especiadas en el horno y tenía unos espárragos para cocerlos en el fuego. Su fuego interno seguía al rojo vivo desde esa tarde, pero su temperatura no parecía importarle mucho a su anfitrión. Había llegado hacía una hora, pero casi no había visto a Aidan. Él había servido un par de copas de vino tinto y se había puesto a hablar por teléfono mientras ella preparaba la cena. La había besado fugazmente en la mejilla, había hecho un comentario algo obsceno sobre el mandil y había desaparecido. No estaba dispuesta a servir la cena sólo con ese trapo rojo para satisfacer sus caprichos, aunque sería una forma segura de captar su atención.

Aidan entró en la cocina y la abrazó por detrás.

—Huele muy bien —comentó él mientras la besaba en el cuello—. Tú también hueles bien y estás muy bien.

Ella encendió el fuego y echó los espárragos al agua.

—Claro. Este mandil entona muy bien con los pantalones de cordón.

Él introdujo la mano por debajo del mandil y la posó en el vientre de Corri.

—De cordón, ¿eh?

Ella debería haber previsto el peligro de ofrecer un cordón a un hombre.

—Baja el pistón, O'Brien.

Él jugueteó con el cordón.

—¿Hasta dónde quieres que lo baje?

Corri no conocía ese aspecto de él, pero sospechaba que muchas mujeres lo habían conocido, lo cual era un motivo más para que fuera tan apreciado entre ellas. Normalmente, era un hombre de pocas palabras, pero cuando hablaba, la gente lo escuchaba. Ella estaba escuchándolo, su cuerpo lo escuchaba, pero sintió la necesidad de echar el freno por el momento.

Apagó el fuego, y cometió el error de mirarlo. Había visto esa cara casi todos los días durante un año y había mirado a esos ojos verdes muchas veces, pero esa vez lo veía desde una perspectiva completamente distinta, y podría ser peligroso.

—Sigo preguntándome si este cambio en nuestra relación es una buena idea.

Él le pasó un dedo por la mejilla.

—¿Qué temes, Corri?

A él. No exactamente a él, sino a lo que él hacía que sintiera.

—Temo que estropeemos nuestra amistad.

Él dejó caer los brazos con una expresión de impotencia.

—No voy a disculparme por desearte.

Ella no quería una disculpa. Sólo quería que su instinto, normalmente acertado, le dijera qué hacer, y sólo oía que las sirenas de alarma se le apagaban en la cabeza.

—Hablaremos después de cenar.

Eso le daría tiempo, que era lo que ella necesitaba como el aire. Él se apartó unos pasos.

—Muy bien, Corri. Todo queda en tus manos. Estaré en mi despacho si necesitas algo.

Claro que necesitaba algo. Necesitaba dejar de analizarlo todo con lupa. Lo deseaba de forma primitiva. No tenía que darle más vueltas. No tenía que encontrar un motivo. Su relación no tenía que ir más allá del placer íntimo que podían darse. No tenía que esperar nada más, y seguramente no habría nada más. Al final, él pasaría a la siguiente conquista, y ella se concentraría en sus metas profesionales. Todo eso parecía lógico, pero no le explicaba por qué notaba cierto dolor en el corazón.

Ella estuvo bastante callada durante la cena. Él le halagó la comida, y ella se lo agradeció. Sin embargo, Aidan sabía que su cabeza bullía y sopesaba los pros y los contras de llegar hasta el final. Él quería llegar más allá del final; quería demostrarle que era una mujer deseable; quería deshacer todo el daño que le había

hecho su hermano; quería saber si la realidad estaba a la altura de la fantasía, aunque sabía instintivamente que lo estaría. Sin embargo, no quería perderla, y por eso había decidido que ella llevara la voz cantante. Si ella no quería dar el paso, él lo aceptaría. No le gustaría, pero se aguantaría. Cuando Corri se levantó y recogió los platos, él la siguió a la cocina.

—Ya me ocuparé yo más tarde —le dijo él.

Quería hablar con ella, aunque no fuera su plan favorito cuando tenía una mujer hermosa en su casa. Ella tomó un plato y lo metió en el lavaplatos.

—No me importa recoger.

Corri fue a tomar otro plato, y él la agarró de la muñeca.

—Vamos al despacho.

Ella lo miró con tristeza por encima del hombro.

—¿Qué pretendes hacer ahí?

—Sólo hablar, Corri.

Ella se secó las manos, se quitó el mandil, lo dejó en la encimera y lo miró.

—Muy bien, hablemos.

Una vez sentados en el sofá, Aidan decidió empezar con algo que llevaba toda la noche queriéndole preguntar.

—¿Qué tienes pensado hacer en Navidad?

Ella se quitó los zapatos y se cruzó las piernas.

—No tengo nada pensado. Mi madre se va a las Bermudas con su nuevo novio, y mi padre se quedará en Delaware con su nueva mujer.

—¿Tu no vas a ir con ninguno de ellos?

—Si paso las vacaciones con uno de ellos, me pasaría la vida oyendo los reproches del otro. Desde que se divorciaron cuando yo era una adolescente, he sido un peón en su batalla permanente. Sinceramente, estoy harta.

Él lo entendía, pero no podía soportar la idea de que ella pasara ese día sola.

—Puedes ir conmigo a casa de mis padres.

—No puedo hacerlo —replicó ella con los ojos como platos—. No quiero ver a Kevin…

—Él no va a ir. Rieran me ha dicho que se va a Aspen.

—Claro —confirmó Corri—. En mayo prometió llevarme.

Aidan supuso que su hermano le habría prometido muchas cosas que no había cumplido.

—Como él no va a estar en casa, no veo motivos para que no vayas.

—No seas cerril, Aidan. Ya no soy parte de tu familia. Sin Kevin no hay cenas familiares con los O'Brien.

—Puedes ir como mi invitada. Mis padres esperan que vayas.

—Porque no saben que he terminado con Kevin. En cuanto lo sepan, cambiarán de opinión. Es más, creo que debo decírselo yo cuando vuelvan el domingo porque, evidentemente, Kevin no va a decírselo.

—Yo se lo diré —se ofreció Aidan.

—No puedo permitir que me hagas el trabajo sucio —replicó ella.

—El trabajo sucio de Kevin —le corrigió Aidan—. Me ocuparé de contarles tu parte de la historia antes de que Kevin les dé su versión. Tú podrás decir lo que quieras el día de Navidad.

—¿Tienes que ocuparte de todos mis problemas? —le preguntó ella con el ceño fruncido.

Él puso la mano en el muslo de ella, justo por encima de la rodilla.

—Me ocuparé de todo lo que quieras que me ocupe.

Eso incumplía su intención de no precipitarse, pero estaba demasiado tentadora con esa camiseta gris ceñida y de mangas largas y con esos malditos pantalones de cordón. Lo primero era lo primero. Se inclinó y la besó delicadamente, hasta que ella le pasó el brazo por el cuello y lo atrajo hacia sí para rematar. Efectivamente, estaba rematándolo con cada embestida de su lengua contra la de él. Corri había tomado el control, y Aidan estaba perdiéndolo. Cuando él introdujo la mano por debajo de la camiseta y le pasó el pulgar por el pezón, Corri retrocedió.

—Estás consiguiendo que se me haga muy duro recordar por qué no deberíamos estar haciendo esto.

—Tú sí que estás consiguiendo que se me haga muy duro, Corri.

Él vio una fugaz sombra de indecisión en los ojos marrones de ella, que enseguida se tornaron provocativos.

—Demuéstramelo.

Volvió a sentarla a horcajadas sobre su regazo para que notara su erección.

—¿Te vale como demostración?

—¿Por qué no vamos a tu dormitorio y me lo demuestras un poco más?

—¿Estás segura?

Eso sí que era una novedad. Jamás había preguntado nada cuando una mujer le había pedido ir a su dormitorio. Cuando ella se levantó, Aidan temió que ella se lo hubiera pensado mejor. Cuando

ella se quitó la camiseta y la dejó en la mesa que tenía detrás, comprendió que no tenía nada que temer. Cuando ella se desató lentamente el cordón y se contoneó hasta quitarse los pantalones, estuvo a punto de saltar del sofá. Con un verdadero esfuerzo, esperó a ver qué haría ella después.

—¿Estás convencido? —le preguntó Corri con un tono grave pero firme.

Él la miró detenidamente. Su cuerpo estaba cubierto sólo por un sujetador blanco de encaje y unas bragas a juego. Se fijó en un anillo que tenía en el ombligo y se sorprendió porque no le parecía del tipo de mujer que se hiciera *piercings*. No le pareció mal, al contrario, le pareció muy *sexy*. Toda ella era muy *sexy*. La realidad superaba de lejos a la fantasía. Ella lo miró con cierto pudor.

—¿Vas a quedarte toda la noche mirándome o también vas a acariciarme?

Aidan fue junto a ella. Corri le quitó la camiseta y la tiró donde estaba la suya. Aidan la estrechó contra sí, le acarició la espalda y le tomó el trasero entre las manos. Cuando empezó a llevarla hacia el vestíbulo, sonó el teléfono. Cuando la puso contra la pared y empezó a besarla, saltó el contestador automático.

—El estudio está empapado —dijo la voz de Parker—. Tienes que venir, Aidan.

Corri se apartó y frunció el ceño.

—¿Qué ha dicho? —preguntó ella.

—Algo de que el estudio está empapado —él le pasó la mano entre los muslos—. Como tú.

—Evidentemente, el estudio está inundándose. ¿No te importa?

Parecía incrédula, pero lo dijo con la voz entrecortada. Aidan comprendía que la inundación del estudio debería preocuparle, aunque algo le reventaba contra la bragueta. Apoyó las manos en la pared y bajó la cabeza.

—Temo que si te dejo, volverás a pensártelo.

—Tienes que ver qué está pasando, Aidan. Yo también. A lo mejor la cocina se ha venido abajo.

Parecía como si eso le pareciera una buena excusa para posponer la visita al dormitorio. Detestaba tener que reconocerlo, pero ella tenía razón. El estudio era su fuente de ingresos y exigía que se ocupara de él inmediatamente, aunque ella también lo exigiera.

Corri pasó por debajo del brazo de Aidan y empezó a recoger su ropa.

—Siento muchísimo que no hayamos podido terminar esto.

Seguro que no lo sentía tanto como él. Aidan también se puso la camiseta y se sentó en el sofá.

—Vamos a terminarlo, Corri. Antes o después. A no ser que me digas que has cambiado de idea.

Ella se puso los pantalones y se ató el cordón.

—La llamada de teléfono no me ha hecho cambiar de idea. Estaba deseándolo con toda mi alma, ¿o no te has dado cuenta?

—El grito fue muy revelador.

—No he gritado.

—Es posible —Aidan sonrió—, pero querías hacerlo e ibas a hacerlo antes de que la noche terminara.

Ella le golpeó con la camiseta en la cabeza, y él la agarró de la muñeca y la sentó en el sofá junto a él.

—Voy a conseguirlo, Corri. Siempre consigo lo que quiero.

Al menos eso era lo que se había propuesto en ese caso, pero muchas veces daba igual lo que se propusiera uno. Volvió a besarla hasta que ella se zafó de él y se levantó y lo dejó solo con su erección, que no parecía que fuera a desaparecer inminentemente.

—Tienes que vestirte, Aidan.

Tenía que controlarse porque con ella delante de él, sin camiseta y con el pelo despeinado, estaba tentado de decirle a Parker que se ocupara él del estudio. Prefería mantenerla ocupada toda la noche en su cama. Incluso, quizá, durante unos días o durante unos años… Se quedó atónito. ¿De dónde había salido esa idea? No tenía tiempo de descubrirlo y tampoco estaba seguro de que debiera intentarlo.

# Capítulo Cuatro

Corri, con el agua por los tobillos, empezó a creer que algún hado perverso quería mantenerla alejada de Aidan, y seguramente estaba previniéndola para que no hiciera el siguiente programa. Últimamente todo habían sido malas decisiones. Por eso tenía que sopesar todo el asunto con Aidan antes de volver a equivocarse. Sin embargo, también tenía que reconocer que era una equivocación que no le importaba cometer.

—Podría haber sido peor, Corri.

Miró a su derecha y vio a Parker con el pelo de punta como si acabara de levantarse de la cama. Ella deseó haberse levantado de la cama en ese momento, de la cama de Aidan.

—¿Qué ha pasado?

—Había una pequeña fuga en el fregadero. Hoy ha venido el fontanero, y parece ser que la ha convertido en una fuga enorme.

—Eso parece.

Corri echó una ojeada. El agua cubría toda la zona con baldosas y había llegado hasta la parte enmoquetada donde se ponía el público. Aidan lo había comprobado y había desaparecido. Ella no había vuelto a verlo, y como habían ido en el mismo coche, sólo podría marcharse si llamaba a un taxi.

—Por cierto, tengo una cosa tuya —Parker rebuscó en el bolsillo y sacó el anillo—. Los vigilantes nocturnos lo encontraron en tu camerino.

Vaya, el anillo se había librado de la aspiradora y había ido a caer en unas manos honradas. Corri tomó el anillo y se lo guardó en el bolsillo. Quizá lo donara a la beneficencia. Se preguntó si existiría alguna asociación de víctimas de los canallas.

—¿Dónde está el jefe?

Parker señaló con el pulgar por encima del hombro.

—Está hablando por teléfono con la empresa de mantenimiento para que vengan.

—Eso va a salir por un ojo de la cara. Es sábado y dos días antes de Navidad…

—Aunque no tuviera seguro, que lo tiene, Aidan puede permitírselo.

Su casa indicaba que le iba bien, pero Corri no sabía cuánto

dinero había ganado. El estudio producía algunos programas que habían dado el salto al nivel nacional y otros, como el suyo, que seguían siendo regionales. Aun así, aunque estuviera en la ruina, no podía permitir que el agua pasara allí las vacaciones.

—Voy a ver si ha conseguido algo —dijo ella.

—¿Aidan y tú estabais en una reunión de última hora?

A Corri no le gustó la sonrisa de Parker.

—Cenamos tarde para comentar el próximo programa.

Él miró el reloj.

—Es casi medianoche. Cenasteis muy tarde. No es bueno para la digestión. Tú, como cocinera, deberías saberlo.

Corri se dio la vuelta sin decir nada y fue hacia el despacho de Aidan. De repente, una mano la agarró del brazo y la arrastró a la sala donde estaba la máquina de café.

—Aidan, casi me matas del susto.

Él tuvo la desfachatez de acariciarle la espalda y el trasero.

—Lo siento. He pensado que querrías un poco de café, ya que vamos a quedarnos un rato.

—¿Cuánto es un rato?

—Como un par de horas. Para entonces, el equipo de limpieza ya estará en plena faena.

Corri se tapó la boca y bostezó.

—Debería buscar un sofá y echar una cabezada.

—Yo debería acompañarte en ese sofá, pero no pienso dormir.

Ella le puso las manos en el pecho para apartarlo, pero no lo consiguió.

—Será mejor que tengas cuidado. Tu ayudante de producción ya está preguntándose por qué estábamos juntos tan tarde. Creo que piensa que tenemos una aventura tórrida.

Él le pasó un mechón por detrás de la oreja.

—Lo he llamado al teléfono móvil y le he dicho que se vaya a casa. Eso significa que estaremos solos hasta que llegue el equipo de limpieza.

Era muy tentador, pero Corri tenía algunas dudas.

—¿Estás seguro de que Parker se ha ido?

—No.

—Entonces, ¿te parece prudente que nos dediquemos a actividades dudosas aun a riesgo de que nos descubran?

—Tienes razón. Es muy peligroso.

—Si estás libre mañana por la noche… —Corri miró el reloj de pared—. Si estás libre esta noche, me encantaría volver a cocinarte algo. Aunque, también podríamos ir a cenar a algún sitio.

—Mañana me voy a Nueva York a mediodía y no vuelvo hasta el domingo.

Ese hado seguía dictando su destino.

—Entonces, otra vez será.

—Vas a ir conmigo.

—¿Cómo dices?

—Lo que has oído. En primera clase y a un hotel de cinco estrellas. Cenaremos con gente que conozco de la profesión. Son buenos contactos.

La oferta era muy tentadora, pero Corri tenía que reflexionar algunas cosas.

—Para cuando salgamos de aquí, será muy tarde. Tendría que hacer el equipaje.

Él la abrazó y la estrechó contra sí.

—Sólo necesitas un vestido para cenar, y algo para el viaje de vuelta. No necesitas nada para dormir.

Corri sintió un estremecimiento pavoroso.

—Todavía tengo que terminar de preparar el menú del programa.

—Tendrás casi todo el domingo y todo el martes.

—Te has saltado el lunes.

—El lunes irás conmigo a casa de mis padres para la comida de Navidad.

—¿Volvemos a lo mismo?

—No voy a discutir contigo ahora, voy a besarte.

La besó en la boca hasta que Corri creyó que iba a derretirse.

—¿Y bien?

—¿Y bien voy a ir contigo a casa de tus padres o y bien voy a acompañarte a Nueva York?

—Empecemos con Nueva York.

—¿Estás completamente seguro de que quieres que vaya?

—Si no lo estuviera, no te lo habría pedido. Podremos estar juntos sin interrupciones.

Corri lo pensó un instante y le pareció que ya había pasado por eso. Un fin de semana con un hermano O'Brien, una cena con colegas y otra posible farsa.

—¿Compartiremos la misma habitación?

Él la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Naturalmente.

—¿No te importa lo que puedan pensar tus amigos?

—Corri, yo no soy Kevin. Lo que hagamos en la habitación de un hotel es asunto nuestro. Te aseguro que no voy a pedirte que finjas

que estamos prometidos.

—Entonces, ¿me presentarás como tu amiga?

—Claro —él sonrió lentamente—. Con atribuciones especiales.

Eso lo dejaba todo muy claro. Una amiga con prerrogativas. Ella no quería nada más. No esperaba un compromiso a largo plazo. Sólo quería pasarlo bien con un hombre que había hecho de la seducción un arte.

—De acuerdo, iré.

Él volvió a besarla, más fugazmente, pero con el mismo efecto que siempre.

—No te arrepentirás, Corri.

Ella esperaba no arrepentirse, pero algo le decía que tampoco era imposible.

Estaba en una magnífica suite con cama gigante y una mujer desnuda en el cuarto de baño. Miraba por el ventanal, pero no podía disfrutar de la vista de Nueva York. Por un lado, quería llamar a Farino y cancelar la cena, pero ya había acordado esa reunión y también podría soportarla. Podría esperar unas horas, Corri había dormido durante casi todo el viaje, y esa noche estaría descansada. Cuando ella entró en la habitación con un ceñido vestido rojo sin mangas y los zapatos de tacón colgando de una mano, pensó que no podría esperar esas horas.

—¿Te gusta como voy? —le preguntó ella.

Él la miró desde el sofá. El pelo lacio y dorado le enmarcaba el esbelto cuello. El vestido le tapaba completamente el escote, pero dejaba al descubierto gran parte de sus preciosas piernas. Aidan se imaginó quitándoselo lentamente hasta desvelar todo lo que había debajo. Mientras él la observaba, Corri levantó una pierna y se puso el zapato.

—Todavía no me has contestado.

—Estás muy bien.

Demasiado bien. Él no había contado con llevarla a cenar para que todos los hombres, incluidos sus amigos, pudieran comérsela con los ojos. Corri se sentó en el sofá.

—No sabía si el rojo era excesivo.

—El rojo es claramente tu color.

Cuando ella se inclinó para ponerse el otro zapato, Aidan pudo ver toda su espalda desnuda.

—¿Dónde está el resto del vestido?

—No sabía que fuera a hacer frío —ella se incorporó y frunció el ceño—. De haberlo sabido, habría traído algo con mangas. Al menos he traído un abrigo.

Si seguía allí, le quitaría toda la ropa y también se la quitaría él, pero se levantó.

—¿Estás preparada?

Corri también se levantó, y se acercó a él.

—Estoy preparada —le puso bien la corbata y le besó el cuello —. Hueles bien.

—Tú también.

Cuando le pasó la mano por la espalda, comprobó que era un contacto maravilloso.

—¿Cuánto tiempo tendremos que quedarnos después de la cena? —preguntó ella.

Por él, podrían marcharse después del segundo plato y tomar el postre en la cama.

—No mucho. No es verdadero trabajo. Sólo es mantener el contacto con buenos amigos.

Corri disfrutó los quince primeros minutos en el restaurante con Ben Farino, de cuarenta y tantos años y un poco calvo, y con Hal Saphiro, de cincuenta y tantos pero fuerte y enjuto. Estuvieron atentos y se disculparon por el retraso del último comensal, aunque no dijeron quién era. Corri supuso que pronto se encontraría rodeada por cuatro hombres, hasta que vio a la mujer que se acercaba a la mesa. Era de esas mujeres que no pasaban desapercibidas. Tenía un pelo casi negro, corto y con flequillo que enmarcaba un rostro con pómulos altos, unos labios carnosos color coral y unos ojos azules casi del mismo color que el cortísimo vestido de seda. Tanto los hombres como las mujeres la considerarían una belleza clásica.

—Siento el retraso chicos —se disculpó ella con voz aterciopelada antes de besar a Aidan en la boca—. Me alegro de verte, Aidan.

Corri quiso lanzarse a su cuello. Aidan sólo hizo un gesto con la cabeza.

—Tamara —farfulló él.

De modo que aquélla era la infame Tamara Layton de la que le había hablado Kevin, la que retuvo toda la atención de Aidan durante casi cuatro años. Corri intentó contener los celos, pero sin éxito. Cuando Tamara se sentó a la mesa, entre Ben y Aidan, cruzó las manos y miró a Corri.

—¿A quién tenemos aquí?

Corri esbozó una sonrisa hipócrita, pero no le alargó la mano.

—Soy Corinna Harris, una amiga de Aidan.

—Aidan siempre ha sido muy amigo de las mujeres —replicó

ella con sorna.

—Corri es la protagonista de unos de mis programas —intervino Aidan—. Tiene muchos admiradores.

—¿Eres actriz? —le preguntó Tamara con una ceja arqueada.

—Soy cocinera. Presento un programa semanal de comidas para enamorados —contestó Corri con tono cortante.

—Qué curioso —Tamara dio un sorbo de agua.

—Tamara es la guionista jefa de *Justicia implacable* —le explicó Hal—. Yo soy el productor.

—No la he visto, pero he oído que es una buena serie —era lo mejor que Corri podía decir.

—Aidan era mi productor en la cadena —Tamara miró sugerentemente a Aidan—. Hasta que decidió irse a Tejas para hacer de vaquero.

—Es Houston, Tamara —Aidan frunció el ceño, lo que encantó a Corri—. Una de las cinco ciudades más grandes del país. No es el salvaje oeste.

Tamara posó la mano en el brazo de Aidan con una familiaridad que hizo que a Corri le hirviera la sangre.

—Está a un mundo de distancia de Nueva York. Seguro que echas de menos esto.

—La verdad es que no —Aidan se aclaró la garganta y se colocó la corbata—. Podríamos pedir una botella de vino…

—Estoy de acuerdo —Ben levantó la mano para llamar al camarero.

Entonces, Corri empezó a sentirse fuera de lugar mientras todos hablaban de los viejos tiempos. Sólo intervino cuando Hal le preguntó alguna recomendación para comer. Cuando llegó el segundo plato, Corri ya no tenía apetito y dejó la mitad del solomillo Wellington. Detestaba desperdiciar una buena comida, pero detestaba más sentirse como si hubiera entrado en una galaxia cuyos habitantes no la recibían amistosamente. También detestaba que Tamara no dejase de tocar a Aidan; detestaba que inclinara la cabeza hacia él para hablar, como si tuviera derecho. Corri comprendió que una vez tuvo ese derecho y eso la angustió. Agarró el bolso, apartó la silla y se levantó.

—Vuelvo enseguida.

Se marchó sin dar más explicaciones ni mirar a Aidan. Entró en el cuarto de baño y se sentó enfrente del tocador. Se sentía cómoda en un sitio que le recordaba a su camerino, aunque más lujoso, claro. Rebuscó en el bolso, sacó el pintalabios y se aplicó una capa de rojo intenso. Cuando Aidan y ella estuvieran solos en el hotel, él

tendría que darle alguna explicación. Naturalmente, no quería saber todos los detalles de la relación con doña Perfecta, pero podría haberle avisado de que iba a ir su exnovia . Como fue al cuarto de baño, se dio cuenta Corri al verla en el espejo.

—Supuse que te encontraría aquí —dijo Tamara mientras se sentaba en la silla al lado de Corri.

Corri agarró un pañuelo de papel y se dio unos toques en los labios.

—Tenía que retocarme el maquillaje.

Tenía que alejarse de la mujer que estaba junto a ella.

—¿Desde cuándo eres el proyecto especial de Aidan? —le preguntó ella mientras se cepillaba el pelo.

Corri, sin dejar de mirar el espejo, se pasó la punta del dedo por debajo del labio inferior.

—Llevo un año haciendo el programa.

—Me refería a cuánto tiempo llevas haciéndote a Aidan.

—Somos amigos. Estuve prometida con su hermano.

Tamara cerró el bolso y sonrió irónicamente a Corri.

—¿Estuviste…?

Corri se contuvo de estampar al pañuelo de papel en la cara de Tamara y lo tiró a la papelera.

—Durante unos meses. Hemos roto hace poco.

—Y Aidan está recogiendo los pedazos de tu corazón…

—Mi corazón está intacto. Fue una ruptura de mutuo acuerdo.

—Bueno —el gesto de Tamara expresaba escepticismo—, a juzgar por la forma de mirarte de Aidan, yo diría que preferiría ser algo más que tu amigo, al menos por el momento.

Corri ya había soportado demasiadas conjeturas, y se levantó.

—Creo que debería volver.

Tamara también se levantó.

—Antes de que te vayas, te daré un consejo. Aidan es un hombre extraordinario en muchos sentidos, y es un amante experimentado, por si no lo sabes todavía; el mejor que he tenido. Pero no expresa bien sus sentimientos y nunca sabes cuál es tu posición.

—Como ya te he dicho, somos amigos.

—Está poniéndote a punto.

—¿Poniéndome a punto?

—Sí. Cuando hayas llegado a lo más alto, se retirará para irse con otra a la que pueda hacer la misma jugada. Mejor dicho, te lo pondrá fácil para que tú te retires.

Corri se negó a seguir escuchando a esa mujer amargada.

—Tamara, siento que las cosas no salieran bien entre vosotros,

pero mi relación con Aidan es distinta.

Tamara sonrió cínicamente y como si supiera de qué hablaba.

—Eso es lo que dices ahora, pero te advierto otra cosa. Cuando caes en su red, es muy difícil escapar. Si cometes el error de enamorarte, te arrepentirás antes de que todo termine, y acabará terminando.

***

Aidan siguió a Corri cuando entró precipitadamente en la suite y tiró el bolso y el abrigo en el sofá. Se había pegado a la puerta de taxi como si él fuera radioactivo. Sabía por qué estaba enfadada, pero no sabía si podría hacer algo para arreglarlo. La aparición de Tamara la había pasmado tanto como a él. En cuanto pudiera, llamaría a sus amigos para decirles cuatro cosas. En ese momento, tenía que hacer algo con el enfado de Corri. Se negaba a que esa noche le dejara un regusto amargo por una mujer que ya no significaba nada para él.

Corri irrumpió en el dormitorio, y él se quedó apoyado en el marco de la puerta. Prefirió mantener cierta distancia hasta que ella se calmara. Corri se sentó en el borde de la cama y se quitó los zapatos de una patada.

—Podías haberme avisado de que iba a ir tu novia.

—Exnovia —él se quitó la chaqueta y la dejó en una butaca—. No sabía que iba a aparecer. Me sorprendió tanto como a ti.

Corri se levantó, fue a la cómoda y se quitó los pendientes, dándole la espalda.

—Los dos parecíais muy contentos de volver a veros. Me pareció muy evidente que ella quería ver algo más de ti.

Él podía imaginarse la conversación que Corri había tenido con Tamara, y dudaba mucho que hubiera sido amistosa. Aidan se acercó a ella por la espalda.

—¿Qué te dijo exactamente?

Ella se volvió y se apoyó en la cómoda.

—No hizo falta que me dijera nada. Estaba muy claro que los dos os conocéis muy bien. No dejó de tocarte durante toda la cena, y no pareció que te importara.

Corri estaba celosa, y él tenía que reconocer que le gustaba. La quería en ese estado aunque no tuviera nada que envidiar de Tamara. La tomó de los costados y se acercó.

—Ahora estamos empatados. Durante nueve meses he tenido que oír como insinuabas en el programa que tenías una gran vida sexual con mi hermano. Todo ese tiempo tuve que aguantar la idea de que él te tocara —Aidan le apartó el pelo del hombro desnudo—.

Como yo quería tocarte; como quiero tocarte ahora mismo.

Él captó la pasión en sus ojos y el estremecimiento cuando le acarició el brazo.

—Entonces, ¿todo ha terminado entre Tamara y tú? —le preguntó ella con incertidumbre.

—Todo pertenece al pasado y va a quedarse allí, independientemente de lo que ella te haya dicho.

Ella le deshizo la corbata y se la quitó.

—Me dijo que eres un amante experimentado.

Ella estaba echándole el anzuelo, y él estaba deseando tragárselo.

—Dame la ocasión y te dejaré que juzgues por ti misma.

Ella lo agarró del cuello y lo besó en la boca. Lo besó sin cohibirse. Él pensó vagamente que debería llevarla a la cama, pero la pasión desbordante no conjugaba con la lógica.

La sentó en la cómoda, le soltó el cierre de detrás del cuello y le bajó el vestido. Dejó de besarla para mirarla y comprobó que no llevaba sujetador, como había supuesto. Le costó no acariciarla, pero lo primero era lo primero.

Los pechos de Corri subieron y bajaron al ritmo de los entrecortados jadeos. Él dio un paso atrás y se quitó la camisa de un tirón. Volvió hasta ella y rozó su pecho contra los de ella hasta que Corri dejó escapar un sonido de impaciencia. Aidan se inclinó, le tomó un pezón entre los labios, y ella le pasó los dedos entre el pelo y lo enloqueció cuando le agarró una mano y se la llevó a un muslo. Él supo lo que quería, y nadie podía acusarlo de no dar a una mujer lo que quería. Introdujo la mano por debajo de la falda y le acarició el interior de un muslo.

—Salvo que puedas darme un buen motivo para no hacerlo, voy a llevarte a la cama.

# Capítulo Cinco

A Corri se le ocurrió un buen motivo para no moverse: podría recuperar el juicio.

—No necesitamos la cama —replicó ella mientras miraba el gesto de sorpresa de Aidan.

—Prefieres aquí.

Aidan lo afirmó, no lo preguntó, justo antes de levantarle la falda y quitarle las bragas. Ella esperaba que hiciera lo que él quiso hacer hacía unos días en su casa: bajarse la bragueta y tomarla allí mismo. Sin embargo, Aidan le pasó los nudillos por el interior de los muslos mientras le acariciaba un pecho con la otra mano. Él fue ascendiendo la mano muy lentamente, y a ella le pareció un auténtico tormento. Él le separó más las piernas y le levantó la falda hasta que no fue sino un revoltijo de tela alrededor de la cintura. Ella estaba completamente expuesta, vulnerable, y más ardiente que nunca en su vida. Él le tomó los brazos y los puso en su cuello.

—Voy a darte lo que necesitas —le prometió él con tono grave.

Corri apoyó la frente en el pecho de Aidan y observó como la acariciaba suavemente entre los muslos. Era una escena muy erótica, casi irreal, una escena que merecía la pena disfrutar antes de que dejara de pensar. También se dio cuenta de que Aidan estaba alterado, y lo confirmó con el sudor de los hombros y la respiración entrecortada. Casi no podía sostenerse, como ella. Le introdujo un dedo sin dejar de acariciarla ni de decirle lo ardiente que estaba ella y cuánto había imaginado ese momento durante meses. Durante los últimos días, cuando ella estaba sola en la cama, también se había dejado llevar por la fantasía.

Sin embargo, nunca había sido así. Ella nunca se había abandonado hasta ese extremo con un hombre. Nunca había enloquecido tanto con el deseo. Nunca había alcanzado un clímax hasta el punto de gritar. Aidan la besó implacablemente y se apartó un paso. Ella vio algo animal en él, que era un hombre que se preciaba de mantener la calma y la compostura incluso en las situaciones más extremas. Sacó un preservativo del bolsillo, se bajó la bragueta con la otra mano y se bajó los pantalones y los calzoncillos. Luego, se puso el preservativo con unas manos algo temblorosas. Ella se estremeció al pensar que en breve él acabaría

con su anhelo y devolvería la pasión a su vida. Le daba igual lo peligroso que pudiera ser.

Aidan la agarró de las caderas y la llevó hasta el borde de la cómoda mientras ella se agarraba de sus hombros.

—Rodéame la cintura con tus piernas —le ordenó él.

Ella obedeció, y él entró con una firme embestida que la dejó sin aliento y le disparó el anhelo.

Aidan bajó ligeramente el ritmo y acercó los labios a la oreja de Corri.

—Es una maravilla estar dentro de ti —le susurró él.

Ella sentía lo mismo, pero no pudo articular palabra mientras él entraba y salía incesantemente. Corri podía oír los golpes de la cómoda contra la pared, y cayó en la cuenta de que estaba haciendo el amor con un hombre increíblemente *sexy* sobre la tapa de mármol de una cómoda y en un hotel de lujo. Algo que para ella había sido tabú por distintos motivos, pero no le importó. Sólo le importaba ver a Aidan en acción, la decisión en su cara, la tensión de sus músculos debajo de sus manos, la sensación de tenerlo muy dentro de ella…

Él no dejó de mirarla a los ojos y de acariciarla con las manos, como si llevara las riendas. Hasta que ella notó que el dominio de sí mismo lo abandonaba, lo notó en la crispación de sus músculos y lo oyó en la exclamación que dejó escapar cuando ella alcanzó un segundo orgasmo. Embistió una vez más, se estremeció y se quedó quieto. Luego, se dejó caer sobre ella. Corri pensó que iba a caerse, pero la tomó en brazos y, con los pantalones por los tobillos, la llevó a la cama y se tumbó con ella. Corri no pudo contener la risa.

—Por un momento he creído que ibas a tirarme.

—Yo creí que ibas a matarme. Has tenido suerte de que me acordara del preservativo.

Tendría suerte si conseguía recuperarse.

—Sinceramente, no sé qué me ha poseído.

Él estrechó las caderas contra las de ella.

—Por si no te habías dado cuenta, te he poseído yo.

—Quiero decir que no suelo ser tan desinhibida.

Él la besó en la punta de la nariz.

—Agradezco tu desinhibición, aunque había querido que durara más. Pero mis intenciones se fueron al garete gracias a ti.

Ella le acarició su impresionante trasero.

—¿Tienes alguna queja, O'Brien?

—Ni la más mínima —para disgusto de Corri, él se apartó—. Volveré enseguida, y te quiero completamente desnuda en esta

cama cuando vuelva.

A ella no se le ocurría otro sitio donde estar.

—Sólo si tú también vuelves completamente desnudo.

—Puedes estar segura.

Aidan se bajó de la cama, se quitó los calzoncillos y los dejó a un lado. Corri miró su espalda y trasero desnudos y no pudo creerse que hubiera pasado aquello después de tantos meses de mera amistad. Peor aún, no podía imaginarse que no volviera a pasar una y otra vez.

***

Aidan salió del cuarto de baño y se la encontró tapada hasta la barbilla. Se acercó a la cama, dejó dos preservativos en la mesilla de noche y la destapó. Corri cruzó un brazo sobre los pechos y se puso la mano entre las piernas.

—¿Qué haces?

Parecía asombrada. También estaba absolutamente maravillosa.

—Me cercioro de que has cumplido mis órdenes —contestó él—. Retira el brazo y la mano, quiero mirarte.

Aidan notó cierta reticencia antes de que ella pusiera los brazos a los lados y se quedara tiesa como un palo.

—Relájate, Corri. Ya te he visto desnuda. Sólo quiero mirarte con un poco de detenimiento.

Lo hizo con mucho detenimiento. A ella se le endurecieron los pezones cuando clavó la mirada en sus pechos. Cuando recorrió su cuerpo con la mirada hasta llegar a la leve sombra que tenía entre los muslos, se estremeció ligeramente. Sentía pudor o volvía a arder por dentro. Él habría apostado su cartera de valores por lo segundo. Tenía intención de ocuparse de eso, pero primero tenía la necesidad de comentar un par de cosas con ella, y eso era otra novedad. No era aficionado a la conversación después del sexo. Podía hablar con quien fuera de trabajo, pero no de sus sentimientos. Tamara se lo había reprochado una y otra vez. No sabía por qué sentía la necesidad de mostrarse más abierto con Corri, pero ya lo analizaría más tarde.

La abrazó y la atrajo hacia sí. Lo mejor sería empezar una conversación que la tranquilizara sobre su exnovia .

—Tamara ya no entra en mi vida, Corri. Hacía meses que no hablaba con ella. Ni siquiera me acuerdo de ella.

—Me dijo que tú rompiste la relación. Yo creía que podía haber sido al revés.

A él no le extrañó que Tamara le hubiera contado eso.

—Nuestra relación no iba a ninguna parte, y ella lo sabía.

—Entonces, ¿me confirmas que la rompiste tú?

Aidan no quería hablar de eso esa noche, pero si no le daba una explicación, no tenía ninguna posibilidad de que la noche acabara bien.

—Cuando nos conocimos, Tamara era una guionista más de la cadena. Yo vi que tenía talento…

—Seguro que lo viste.

Aidan pasó por alto el comentario sarcástico.

—Vi que tenía talento para la escritura y moví algunos hilos para que estuviera bien colocada cuando el guionista jefe se fuera. Después de que empezáramos a salir, la situación se estropeó. No tardé en darme cuenta de que el sexo y el trabajo no eran compatibles, y decidí dar el paso de largarme.

—Yo creí que volviste para estar cerca de tus padres.

—Ellos influyeron para que yo montara el estudio en Houston.

—Y Tamara decidió que no quería seguirte.

Ahí empezaba la parte espinosa. Si no tenía cuidado, parecería un canalla, como su hermano.

—Le dije que una vez que estuviera asentado, le buscaría un sitio en el estudio. Entonces, me di cuenta de que no saldría bien.

—¿Te tomaste la molestia de explicárselo?

—Ella sólo intentaba convencerme de que volviera a Nueva York, y para entonces, ya no quería irme de Tejas. Las relaciones a larga distancia no funcionan.

—Tiene que ser maravilloso tener un estudio propio y ser tu jefe —comentó ella.

Volvía a entrar en un terreno peligroso, pero sintió la necesidad de ser franco con Corri después de mantenerse en silencio durante meses.

—No se trataba sólo de la libertad que me daba el estudio. Alguien me atrajo cuando acabé con Tamara.

—A ver si lo adivino. Es Janine, esa mujer tan perseverante; o quizá se llamara Joyce.

Era el momento de decir la verdad, aunque pudiera pagarlo a largo plazo.

—Eras tú.

Corri sólo recordó dos veces en su vida que se había quedado muda: cuando sus padres le dijeron que se divorciaban y en ese momento.

—No te sorprendas, Corri. Tienes que saber que ese beso de marzo pasado no fue fortuito.

Ella no había querido creerlo por remordimiento y miedo.

—La verdad es que supuse que era algo que había pasado sin más. Luego, me sentí tan mal que intenté olvidarlo. Según Kevin, en aquel momento Tamara y tú estabais prácticamente casados.

—Kevin estaba equivocado. Nunca habíamos hablado de matrimonio. Dos días después de la fiesta, rompí con Tamara. Me di cuenta de que me atraías tú.

—Entonces, Kevin y yo volvimos prometidos.

Otro ejemplo de momento poco oportuno, como parecían ser todos entre Aidan y ella.

Él se puso de espaldas y miró al techo.

—Me arrepentí de haberte presentado a Kevin. No soportaba imaginarle en tu cama.

Eso no podía haber sido tan insoportable como había sido ver a Aidan con su exnovia esa noche, como haber sabido que habían estado juntos en la cama, mientras que Kevin y ella no lo habían estado. Sin embargo, Aidan todavía no sabía eso, y ella tampoco sabía cuándo se lo diría ni si debía decírselo.

—Él nunca te ha tratado bien —siguió Aidan—. Eso era evidente cuando te presentabas en las reuniones familiares sin Kevin.

Si ella no hubiera estado tan unida a los padres de Kevin y Aidan, no habría ido a esas reuniones.

En la familia de él, los hermanos estaban muy unidos, pero en su familia sólo había conocido un divorcio muy amargo. Esa solidez familiar hacía que los O'Brien fueran muy atractivos. Sin embargo, lo perdería por haberse prometido a un hombre que no amaba. Eso hizo que tuviera fuerzas para preguntarle algo que la había obsesionado durante toda la noche, aunque no sabía qué respuesta quería oír.

—¿Amaste a Tamara?

—No sé bien qué significa eso —contestó él con un suspiro.

—Yo tampoco lo sé bien —ella sabía perfectamente que si no tenía cuidado, conocería el significado con Aidan—. ¿Adónde nos lleva todo esto?

Él le pasó un dedo por los contornos de los pechos.

—Sólo sé que llevo meses queriendo estar contigo, pero depende de ti que esto llegue más lejos.

Ese era el dilema de Corri. ¿Se atrevería a seguir adelante para arrepentirse más tarde o pondría punto final al saber que Aidan sólo podía ofrecerle una distracción sexual? Sin embargo, cuando él la miraba tan seriamente y parecía tan sincero, sus defensas se derrumbaban. Corri le tomó la cara entre las manos.

—¿No hay esperanzas después de este fin de semana?

Él le tomó una mano y se la besó.

—Cada cosa a su tiempo.

Aidan empezó a acariciarla por todo el cuerpo, y Corri supo lo que se avecinaba.

A la mañana siguiente, Corri se despertó y comprobó que Aidan ya se había levantado. Eran casi las ocho y todavía faltaban algunas horas para el vuelo, lo que significaba que tenían tiempo para un poco más de acción. Se sentó en el borde de la cama y puso los ojos en blanco. En una noche, Aidan la había convertido en una máquina sexual. Una parte de su cuerpo estaba resentida de tanta actividad, pero otra anhelaba más. En ese momento, podría aliviar las partes doloridas con un baño caliente y, a la vez, contar con que Aidan satisficiera las demás si lo convencía para que se bañara con ella.

Fue hasta su bolsa de viaje y rebuscó para sacar la enorme camiseta que había llevado. Se la puso y salió a la sala para encontrarse con su maravilloso acompañante de fin de semana, pero él no estaba allí. Volvió al dormitorio y vio la puerta del cuarto de baño entreabierta, pero no a Aidan. Estuviera donde estuviese, esperaba que volviera pronto. Entretanto, aprovecharía el inmenso *jacuzzi*.

A Aidan no le gustaban esas reuniones tan pronto por la mañana, pero si quería un poco de tranquilidad, lo mejor era zanjarlas. Entró en la cafetería y vio a Tamara. Como siempre, estaba perfectamente peinada y llevaba un impecable traje azul. Aunque la ruptura había sido poco amistosa, reconocía que seguía siendo una mujer hermosa y que, en su momento, ella significó algo para él. Ya no. La única mujer que le interesaba estaba dormida en una cama de ese hotel, y él pensaba volver a esa cama en cuanto resolviera aquel asunto inconcluso. Llegó a la mesa y se sentó enfrente de ella.

—Sin rodeos, Tamara. No tengo mucho tiempo.

—Buenos días también, Aidan —replicó ella con una sonrisa impaciente.

Se acercó la camarera.

—Necesito dos cafés —le dijo Aidan.

—¿Dónde está tu amiga? —le preguntó Tamara en cuanto se fue la camarera—. Torri, ¿no?

—Corri, se llama Corri, y sigue dormida.

—Supongo que fue una noche larga. No me imagino otra cosa de ti. Me acuerdo de algunas veces que nos pasamos todo el domingo en la cama.

Él no estaba dispuesto a sacar los recuerdos a relucir.

—¿De qué querías hablarme?

—Quería decirte algo antes de que te lo dijera otra persona —extendió una mano con un anillo gigantesco—. Estoy prometida.

—Enhorabuena —Aidan no sintió los más mínimos celos—. ¿Conozco al afortunado?

—Cameron Farr.

Era uno de los directores del estudio, y tenía fama de mujeriego.

—No sabía que estuvierais saliendo juntos.

Ella puso un codo en la mesa y apoyó la cara en la palma de la mano.

—Llevamos casi seis meses saliendo juntos. No podía esperarte eternamente.

—Me alegro por ti, Tamara. Buena suerte. ¿Algo más?

—La verdad es que sí. ¿Esa tal Corri es especial?

Lo era más de lo que ella y la propia Corri sabían.

—Es una mujer magnífica.

—¿Va en serio?

—Somos amigos, Tamara. ¿Hay algún motivo concreto para el interrogatorio?

—Sí. Hal me ha dicho que tiene mucho porvenir y que algunas cadenas de televisión por cable están interesadas en ella.

A Aidan no le sorprendió que sus colegas estuvieran al tanto.

—¿Adónde quieres llegar, Tamara?

—Sólo un consejo, Aidan. Quizá lo mejor sería que terminaras con ella antes de romperle el corazón como rompiste el mío.

Él no podía ni planteárselo.

—No tuve intención de hacerte daño, Tamara, pero tampoco podía tener unos sentimientos que no existían. No habría sido justo contigo.

—Lo sé —ella suspiró—. Algunas personas aman más, ¿verdad?

Él no lo sabía porque en ese momento se dio cuenta de que nunca había estado enamorado. Ni de Tamara ni de otra mujer.

Cuando volvió la camarera con los cafés, Aidan miró fugazmente el reloj, más por las ganas de volver con Corri que por la falta de tiempo.

—Tengo que irme. Enhorabuena otra vez.

Tamara siguió mirándolo como si quisiera descubrir algún secreto.

—¿Sabes una cosa, Aidan? Pareces más relajado. Quizá Corri te siente bien. Quizá sea la que por fin se abra paso a través de esa coraza emocional de la que estás tan orgulloso.

—Me voy —replicó él mientras se levantaba.

No quería oír nada sobre su incapacidad para expresar sus sentimientos.

—Aunque sería irónico que te enamoraras de tu apuesta especial; de una mujer que va a dejarte por una mejor oportunidad profesional.

Aidan dejó un billete en la mesa, tomó los vasos de café y se marchó sin responder ni mirar a Tamara. Sin embargo, meditó el comentario de ella.

Había trabajado mucho para llegar a donde estaba, y tenía que concentrarse en el estudio. Corri estaba en la cresta de la ola y no podía frenarla. Tamara había tenido cierta razón. Él había descubierto a Corri, y pronto sería conocida como otro de sus aciertos. Efectivamente, enamorarse de ella sería una ironía, aunque él no tuviera la más mínima intención de hacerlo. Sin embargo, cuando entró en el ascensor, se sintió como si le faltara tiempo para estar con ella.

# Capítulo Seis

—¿Has usado todo el gel de baño?

Corri salió del sopor y vio a Aidan apoyado en el marco de la puerta con un vaso de papel en la mano. Parecía la encarnación de cualquier sueño femenino. Podría presentarse como modelo a una sesión fotográfica sin que a nadie le extrañara su presencia. Podría meterse en la bañera, y a ella no le importaría nada. Ella empezaba a estar perdida por él, y tenía que acabar con eso inmediatamente… o, mejor, al cabo de unas horas. Corri agarró la esponja, levantó una pierna y se frotó el muslo.

—Sólo he usado la mitad. ¿Dónde has estado?

—He ido a por esto —dejó el vaso en el tocador—. Café, dos terrones y mucha leche.

—Tal y como me gusta.

Ella se incorporó, dobló las piernas y apoyó el pecho cubierto de espuma. Aidan se sentó en el escalón y le apartó un mechón de pelo.

—También sé qué más te gusta.

Él se lo había demostrado sobradamente la noche anterior.

—Has tardado bastante. ¿Adónde has tenido que ir a por una taza de café?

—He ido a la cafetería del hotel. Tenía que ver a alguien.

—A un amigo o a otro colega.

—A Tamara.

—Ya —esa palabra expresó una decepción que Corri no pudo disimular—. ¿Qué quería?

Seguro que había intentado reconciliarse con Aidan.

—Quería decirme que está prometida.

Corri no se había esperado esa respuesta.

—¿Por qué no lo dijo anoche?

—Porque no se lo pregunté. Le he dado la enhorabuena y me he marchado.

—¿Te ha desilusionado saberlo? —le preguntó Corri sin poder evitarlo.

—En absoluto. Tamara se merece a un hombre que pueda darle lo que necesita, y yo no soy ese hombre.

Corri sintió un gran alivio y también cierto hastío. Quizá él

tampoco fuera el hombre que necesitaba ella, pero no era el momento para preocuparse por eso.

—Me encantaría tener una bañera como ésta —comentó ella mientras volvía a sumergirse.

—Yo tengo una en casa.

—¿De verdad? No te imagino como un hombre al que le gusta el *jacuzzi.*

Él le acarició una rodilla.

—No lo soy. ¿Sigue caliente el agua?

—Está templada.

Él le acarició el interior del muslo.

—¿Y tú?

—Estoy entrando en calor.

—Entonces, ¿por qué no sales y me ocupo de eso?

—¿Por qué no te metes tú?

—Ya me he dado una ducha.

Ella se cruzó de brazos.

—Podría convencerte de que las bañeras grandes tienen grandes ventajas.

Él bajó la mano hasta la bragueta y captó toda la atención de ella.

—De repente me ha apetecido un baño.

Ella observó su prominencia y se derritió por dentro. En un santiamén, él se desnudó y apoyó un pie en el borde de la bañera, ofreciéndole una visón, magnífica de su magnífico cuerpo.

—Hazme sitio.

Ella se sentó hacia delante para que él se pusiera detrás. Cuando se dejó caer contra él, notó una protuberancia muy sólida en la espalda. Se dio la vuelta y se deslizó sobre su cuerpo.

—Es como si hubieras traído un juguete a la bañera.

—Estoy deseando compartir el juguete contigo.

Ella bajó los dedos por el firme vientre de Aidan hasta agarrar el «juguete». Lo acarició hasta que Aidan la tomó de la muñeca y se llevó la mano al pecho.

—Ya has jugado bastante por el momento.

—Eres un aburrido.

—Anoche no decías lo mismo. Salgamos de aquí y vamos a la cama.

Ella lo besó en el ombligo.

—¿No te gusta improvisar?

—Podríamos intentarlo, pero los preservativos están en el dormitorio.

Corri no se olvidaba nunca de la protección contra el embarazo.

—La siguiente vez tenemos que estar mejor preparados.

A Corri le pareció curiosa la facilidad con que había dicho «la siguiente vez». Se levantó e intentó salir sin caerse, algo que estuvo a punto de pasar cuando Aidan salió con todo su esplendor masculino. Él la tomó en brazos sin dejar que se secara.

—Estamos mojando todo, Aidan —le reprochó ella al fijarse en el reguero de agua.

—Me gustas mojada —la dejó en el borde de la cama y se apartó para mirarla—. Suéltate el pelo.

Ella se quitó la pinza, la dejó en la mesilla junto al preservativo y agitó la cabeza.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. Métete en la cama.

Corri se estiró entre el revoltijo de sábanas y apoyó la cabeza en la almohada mientras Aidan se quedó sentado a su lado.

—Anoche estuvo muy bien, pero me precipité.

Esta mañana voy a tomármelo con calma.

Ella estaba de acuerdo en que los dos asaltos amorosos habían sido ardientes y presurosos, pero no le había importado.

—Tenemos que dejar del hotel dentro de un par de horas.

¿Nunca dejaría de hacer comentarios inútiles? Se preguntó ella. Nadie hacía el amor dos horas seguidas.

Él le pasó un dedo desde los pechos hasta el ombligo.

—Si es necesario, pediré que nos dejen salir más tarde. Es posible que tenga que hacerlo.

Sería ella la que nunca había hecho el amor dos horas seguidas, porque tenía la sensación de que él sí lo había hecho. Él empezó a acariciarla y a decirle lo mucho que le gustaba su cuerpo. Le tomó los pechos con las manos y bajó la cabeza para lamerle los pezones y el anillo que tenía en el ombligo.

Cuando él levantó la cabeza para mirarla a plena luz del día, Corri hizo un esfuerzo por evitar el pudor. Tenía unas piernas largas y una cintura muy bonita, pero siempre había creído que sus caderas eran demasiado anchas, pero a Aidan no le importaba, y se lo había dicho. Le recorrió las piernas con las manos y todo el cuerpo con los labios. La besó en rincones que nadie había besado: detrás de la rodilla, en los dedos de los pies, en el pequeño montículo debajo de la pelvis. Le dijo cosas que ningún hombre le había dicho; algunas muy sugerentes y otras sorprendentemente halagadoras. Se colocó entre las piernas de ella y bajó la cabeza con una sonrisa algo perversa. Sabía hasta dónde llegar, cuándo bajar la

intensidad, cómo manejar los labios y las yemas de los dedos. Corri dejó escapar un resoplido entrecortado y contuvo un grito. Ella no gritaba cuando tenía relaciones sexuales, pero tuvo que taparse la boca con la mano, y cerró los ojos. Afortunadamente, cuando llegó el orgasmo, el gemido fue un sonido sordo. Ella arqueó la espalda involuntariamente, pero Aidan siguió con la maravillosa tortura hasta la última contracción. Aidan volvió a ascender la cabeza hasta la de ella.

—Espero que hayas gozado tanto como yo —le susurró él.

Aidan se apartó y se sentó en el borde de la cama para agarrar el preservativo.

—Ven y ponte delante de mí —le dijo a ella por encima del hombro.

Corri se puso de rodillas y lo abrazó por la espalda.

—Ya sé por qué disfrutas tanto con tu trabajo. Te encanta dar órdenes.

—Hago bien mi trabajo porque sé reconocer el talento natural. Ven y enséñame el tuyo.

Ella casi ni podía contener la excitación. Se bajó de la cama, y cuando se puso delante de él, Aidan la tomó de las caderas y la atrajo hacia sí.

—Esta vez quiero que estés encima.

—¿Crees que podrás aguantarlo, O'Brien?

—Puedo aguantar cualquier cosa que tú me des.

Él retrocedió un poco, y ella se subió a la cama con las rodillas a los lados de los muslos de Aidan. Él la levantó un poco y entró en ella. La sensación era deliciosa, como lo eran los ojos de Aidan, que ella no dejó de mirar.

—Da lo mejor de ti, Corri.

Era exactamente lo que ella se proponía. Apoyada en los hombros de él, se levantó lentamente y bajó más lentamente todavía. Repitió varias veces el movimiento, mientras él la agarraba con fuerza de las caderas y la expresión de su cara indicaba que estaba a punto de perder el control de sí mismo. A ella le parecía muy bien. Al fin y al cabo, él ya la había llevado varias veces más allá del límite, y lo justo era corresponder.

Como si se hubiera transformado en una gata salvaje, lo tumbó de espaldas con él profundamente dentro de ella. Se deleitó con esa fuerza renovada y con la reacción de él que había pasado de ser un hombre inalterable a otro a punto de perder el dominio de sí mismo. Él tenía la frente sudorosa y el pecho le subía y bajaba con cada movimiento de ella. Entonces, apretó los dientes, cerró los

ojos, arqueó las caderas, resopló entrecortadamente y llevó a Corri a otro clímax.

La tomó de la nuca y la estrechó contra el pecho. Ella oyó los latidos desenfrenados de su corazón y, al cabo de unos minutos, notó que se le relajaban todos los músculos.

—Estamos muy bien juntos, Corri —dijo él mientras le acariciaba el pelo.

—¿Tú crees? —ella levantó la cabeza y sonrió.

—¿Tú no?

Ella estaba segura, pero eso era sexo puro y duro y, por primera vez, ella deseó que fuera algo más.

***

A él le habría encantado quedarse un rato más con ella, pero tenía obligaciones familiares y tenía que dejarla. Corri dejó la bolsa de viaje junto a la puerta de su apartamento y lo abrazó por la cintura.

—Lo he pasado muy bien, Aidan.

—Yo también.

—¿Quieres entrar un rato?

Claro que quería, pero no iba a hacerlo. No quería tener que dar explicaciones de por qué no había aparecido en la cena de Nochebuena.

—Ya llevo un retraso de una hora. Cuando llamé e mi madre desde el aeropuerto, me dijo que mi sobrino estaba a punto de abrir los regalos. Dado que tiene dos meses, no sé cómo lo sabe.

—Le habrán gustado los papeles de colores.

—No sabía que conocieras tan bien a los bebés…

—Me compré mi vestido para la fiesta de mi promoción con el dinero que gané cuidando bebés.

Otra sorpresa sobre Corri. Habían hablado mucho, y él había creído que ya lo sabía todo de ella, pero la noche anterior y esa mañana había conocido aspectos de ella que no se había imaginado, lo que demostraba una vez más que su hermano era idiota.

—Te llamaré esta noche cuando haya hablado con mis padres.

—De acuerdo, pero sólo si es una conversación positiva. Bueno —ella sacudió la cabeza—, llámame aunque las noticias sean malas. Así estaré preparada para cuando acabe hablando con ellos.

Si las noticias eran malas, podría dárselas personalmente. Iba a decírselo cuando decidió que se mantendría alejado de ella hasta que supiera hacia dónde se dirigía esa relación. Sin embargo, no iba a irse sin darle un beso. Le tomó la cara con la mano y bajó la cabeza para darle un beso rápido en los labios. No fue nada rápido,

y cuando se separaron, él estuvo dispuesto a renunciar a sus obligaciones y a ir al dormitorio con ella. Ella le puso una mano en el pecho y se apartó de él.

—Será mejor que te vayas antes de que Lucy mande alguien a buscarte. Seguro que no iba a gustarle saber que estás conmigo.

—No voy a decírselo, es mejor que no sepan lo nuestro.

—Tienes razón —confirmó ella con un tono de cierta desilusión.

—Aunque mañana va a costarme mucho no acariciarte.

—Todavía no he dicho que vaya a ir —replicó ella con el ceño fruncido.

Él se ocuparía de que fuera. No quería que ella pasara sola el día de Navidad.

—Ya lo hablaremos cuando te llame esta noche.

Corri sacó las llaves de su casa y sonrió.

—Que te lo pases muy bien, y dale recuerdos a tu familia.

—Ya se los darás tú mañana.

Aidan no esperó la réplica, bajó las escaleras y se montó en el coche. Al poner el motor en marcha, miró hacia Corri y la vio apoyada en la barandilla mirándolo a él. Estaba muy tentadora, pero tenía que marcharse.

—¿Qué haces aquí?

Corri se sintió muy orgullosa de que el tono hubiera sido tan tranquilo cuando abrió la puerta y se encontró a su exnovio. Las llamas la abrasaban por dentro. Él intentó parecer arrepentido, pero no iba a engañar a Corri.

—He pensado que podría pasar por aquí para saludarte.

—Hola y adiós, Kevin.

Ella intentó cerrar la puerta, pero él puso el pie.

—Vamos, Corri, sólo quiero un par de minutos de tu tiempo antes de tomar un avión.

Ella pensó que era una buena oportunidad de decirle cuatro cosas y se apartó.

—Tienes dos minutos.

Él entró en el apartamento, se quedó en medio de la sala y miró alrededor.

—Me sorprende no ver a Aidan.

—Está en casa de tus padres. Ya que, evidentemente, no estás en Aspen, ¿por qué no has ido tú?

—Me voy ahora —Kevin se encogió de hombros—. No he tenido tiempo.

—Pero sí has tenido tiempo de venir aquí.

—He decidido que te debía una disculpa. Será el espíritu

navideño.

—Tienes razón, me debes una disculpa y una explicación. Fue muy rastrero que me mandaras una nota después de haberme pasado varios meses siguiendo tus normas.

—Lo sé, pero quería decirte que te agradecía lo que hiciste por mí y que siento que las cosas no salieran bien.

Corri sabía que no lo sentía lo más mínimo, pero tampoco se encontró con fuerzas.

—Muy bien, Kevin. Ya está. Acepto las disculpas. Tendrás que tomar el avión.

—Tienes razón.

Corri lo acompañó hasta el porche, y él, tomándola desprevenida, le dio un breve pero incómodo abrazo.

—Feliz Navidad. Espero que te vaya muy bien en la vida.

Corri no sintió nostalgia ni arrepentimiento. Notó cierto afecto por él porque parecía que por fin estaba mostrando cierta personalidad.

—Igualmente, Kevin. Espero que encuentres a alguien con quien sentar la cabeza.

Él esbozó la sonrisa que tanto la había atraído en una época.

—Ya me conoces, Corri. Lo mío es estar libre como un pájaro.

Efectivamente, ella sabía eso, pero también sabía que algún día encontraría la mujer que lo metería un poco en cintura. Sólo esperaba estar cerca para verlo.

—Que tengas un buen viaje, Kevin.

—Gracias —él se metió las manos en los bolsillos y dio un paso antes de darse la vuelta—. Una cosa más. Ya sé que dije que podías quedarte el anillo, pero ¿podrías devolvérmelo? Todavía no lo he pagado.

La buena opinión que se había formado de él se evaporó en un abrir y cerrar de ojos.

—Muy bien. Iré a por él.

De camino hacia el dormitorio, Corri pensó en unos cuantos sitios donde podía meterse el anillo.

Sacó el estuche azul del cajón del tocador, retiró el anillo, volvió a guardar el estuche en el cajón y fue al porche para encontrarse con Kevin apoyado en la barandilla.

—Toma, Kevin, el diamante prestado.

Ella alargó la mano y dejó caer el anillo, que se coló entre dos tablas y fue a parar en un seto dos pisos más abajo. Ella se tapó la boca con la mano y fingió lamentarlo.

—Qué torpe soy. ¿Quieres que te deje una linterna?

Kevin entrecerró los ojos y la miró fijamente.

—No, gracias. Espero que te hayas quedado contenta —le espetó él mientras empezaba a bajar las escaleras.

Efectivamente, estaba contenta aunque hubiera sido algo infantil. Entró en su apartamento, se tumbó en el sofá y se dio cuenta de lo que se alegraba de haberse librado de Kevin. Además, esperaría pacientemente la llamada de su hermano, el hombre que cada día apreciaba más, el hombre al que amaría fácilmente.

***

Durante casi cuatro horas, Aidan esperó la oportunidad de poder hablar a solas con sus padres. Una vez que sus hermanos y cónyuges se habían marchado, Aidan fue a buscar a su madre a la cocina, pero sólo encontró a su padre sentado a la mesa redonda y comiéndose un pastel que había hecho Lucine. Aidan tomó una silla y también se sentó.

—¿Sabe tu mujer que estás comiéndote otro pastel?

—No y no pienso decírselo. Toma uno.

Aidan ya no podía comer nada más.

—No, gracias. ¿Dónde está mamá?

—Se ha acostado pronto. Le dolía la cabeza.

Había esperado demasiado.

—Tengo que hablar con ella sobre la comida de mañana.

Su padre se limpió la boca con una servilleta de papel.

—No irás a decirme que no vas a venir. Tu madre ya está bastante disgustada porque Devin tiene guardia en el hospital, y Stacy va a llevar al pequeño Sean con sus padres. Además, Kevin tiene que hacer una entrevista en Colorado, y Corri ha roto con él. Eso ya es bastante disgusto para mi Lucine.

—Para empezar, Kevin no va a trabajar; está en Aspen esquiando. Para seguir, él rompió con Corri, no al revés. Para terminar, yo sí estaré.

Dermot ladeó la cabeza y miró a Aidan con desconcierto.

—¿Quieres decir que Kevin ha roto con nuestra Corri?

«Nuestra Corri». Eso era una buena señal.

—Sí. Encima, ni siquiera fue tan hombre de decírselo a la cara. Le escribió una nota.

Dermot dio un puñetazo en la mesa con la cara congestionada.

—Empiezo a pensar que ese chico es completamente tonto. ¿Ha dado algún motivo?

Aidan sabía que el motivo no iba a gustarle a su padre, pero en ese momento no le importó.

—Kevin quería estar con ella para impresionar a sus colegas,

pero una vez que ha conseguido el ascenso, ya no la necesita.

—Eso habrá destrozado el corazón de la chica…

—No le sorprendió mucho. Le molestó que no se lo dijera personalmente. Se lo merecía después del infierno por el que había pasado.

—Adivino que has estado consolándola…

—He hecho lo posible para que lo superara.

Dermot sonrió de oreja a oreja, y Aidan comprendió que se había ido de la boca.

—No sé por qué me parece que te gustaría ser algo especial para ella.

Tendría que haber sabido que era imposible engañar a su padre.

—Soy su amigo, papá. Ahora no necesita nadie «especial». Había pensado traerla mañana para la comida de Navidad.

Dermot se pasó una mano por la nuca.

—¿Crees que es prudente? No me gustaría que ella se sintiera incómoda.

—Te preocupa la reacción de mamá.

—Ya sabes cuánto defiende a Kevin. Cree que su hijo no puede hacer nada malo. Aprecia mucho a Corri, pero Kevin le ha dicho que ella lo ha dejado a él.

—Si crees que le molestará a mamá, no la traeré.

—Tráela. Yo hablaré con tu madre.

—Muy bien. Llámame si cambias de idea. Siempre puedo pasar un rato por aquí, pero pienso pasar el día con Corri.

—No puedes engañar a tu anciano padre, Aidan. Habías echado el ojo a esa chica desde el día de San Patricio pasado, cuando estuviste con ella en la cocina.

—¿Cómo demonios te has enterado?

—Todos lo sabemos, Aidan, menos tu madre. No quiero que tenga un mal concepto de ella por que uno de sus hijos le robó un beso a la novia de su hermano.

Todo el mundo sabía sus asuntos, y eso no le gustaba lo más mínimo. Otro motivo para no echar más leña al fuego.

—Como te he dicho, papá, Corri y yo somos amigos. Nada más.

—Claro, hijo —su padre sonrió—. Y yo soy cura.

# Capítulo Siete

Cuando sonó el teléfono, Corri dio un respingo, saltó del sofá, se golpeó la espinilla con la mesa y contestó medio dormida y entre dientes.

—¿Dígame?

—¿Te he despertado?

Efectivamente, la voz de Aidan la despertó por completo.

—Creo que me he dormido viendo una película malísima —miró el reloj de pared—. Es casi medianoche. Parece que habéis tenido una buena fiesta…

—En realidad me fui hace una media hora. He estado dando una vuelta en coche.

Ella se levantó la pernera del pijama y vio un buen moratón en la espinilla.

—¿Has estado viendo los adornos navideños?

—He estado pensando en ti.

Él lo dijo con una voz tan sensual que a Corri estuvo a punto de caérsele el teléfono.

—¿De verdad? Yo estaba pensando en tomar un helado de chocolate —mintió ella.

—Acabo de pasar por delante de tu apartamento y he estado a punto de entrar.

—¿Por qué no lo has hecho?

—He pensado que tenías que descansar.

Ella no creía que esa noche fuera a dormir mucho.

—¿Lo has pasado bien con tu familia?

—Sí.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

Ese hombre era desesperante.

—¿Has hablado con tus padres?

—Hablé con mi padre. Mi madre se acostó pronto con dolor de cabeza.

—¿Saben lo de la ruptura?

—Han oído la versión de Kevin. Yo he contado la verdad.

Ella no quería saber la versión de Kevin, aunque suponía que la habría puesto como una rompecorazones desalmada.

—¿Me odian?

—En absoluto. Quieren que vayas mañana.

—¿Estás seguro, Aidan?

—Completamente. Mi padre dijo que si no eras bien recibida, él era cura o algo parecido.

—Estoy deseando volver a verlos.

—Entonces, ¿no tendré que agarrarte y sacarte de tu apartamento en mi hombro?

—Aunque suena tentador, te prometo que iré voluntariamente —ella dudó un instante—. Hablando de apartamentos, a que no sabes quién ha pasado por el mío esta noche.

—Ni idea.

—Kevin.

Se hizo un silencio cargado de tensión.

—Voy para allá.

—Aidan, estoy bien. No hace falta que…

El teléfono móvil se quedó mudo antes de que Corri pudiera terminar la frase. No le importaba nada ver a Aidan, pero no quería que él pensara que estaba mal por la repentina visita de su hermano. No quería que él pensara que tenía que ir en su rescate cada vez que ella mencionara la palabra Kevin. Cuando él llegara, le dejaría muy claro que, aunque lo agradecía, su preocupación era innecesaria.

Llamaron a la puerta al cabo de unos minutos. Ella se puso una bata y fue a abrir. Aidan estaba apoyado en la barandilla, como había estado Kevin hacía unas horas.

—Sólo quiero saber una cosa. ¿Por qué ha venido Kevin?

—Aunque no te lo creas, quería disculparse.

—Kevin no se disculpa de nada.

—Bueno, en realidad, quería que le devolviera el anillo, el que me dijo que podía quedarme. Se lo devolví y se marchó.

—¿No quería nada más?

Corri nunca se imaginó que Aidan pudiera parecer celoso.

—¿Por qué? ¿Crees que nos dimos un revolcón por los viejos tiempos?

—¿Lo hicisteis?

—No —habría sido lo último que hubiera hecho.

Él se dio un par de pasos hacia ella.

—Dime una cosa. ¿Me comparas con él cuando estamos en la cama?

Ella se quedó muda, y Aidan se acercó más todavía.

—Dímelo, Corri.

Era la ocasión perfecta para decirle la verdad, para decirle que su relación con su hermano nunca había pasado por ahí.

—Es difícil hacer comparaciones cuando nunca he hecho el amor con Kevin.

Aidan se quedó atónito antes de parecer incrédulo.

—¿Estás diciéndome que no has tenido una relación sexual con él durante nueve meses?

—En Jamaica, se coló una vez en mi habitación y se metió en mi cama. Él había estado bebiendo y se desmayó antes de que pasara algo. Después, todo fue violento entre nosotros, y él encontró lo que necesitaba con otras mujeres. Punto final.

—Siempre he sabido que a veces mi hermano no estaba bien de la cabeza, pero nunca pensé que fuera tan estúpido.

—Pues ya lo sabes, ¿quieres preguntarme algo más?

—Eso es todo.

—Podríamos haber hablado de esto por teléfono, Aidan.

—Sí, pero entonces no habría podido hacer esto.

Aidan la abrazó y besó con ímpetu, pero se apartó en seguida.

—¿Quieres entrar? —le preguntó Corri cuando se repuso.

—Sí, pero no voy a hacerlo. Tal y como estoy, te mantendría despierta toda la noche, y tienes que dormir para no llegar tarde a la comida de Navidad.

Por ella, merecería la pena ese retraso.

—Podrías decir que se ha pinchado una rueda.

—Es una idea tentadora —Aidan entrecerró los ojos—, pero esperaré hasta mañana por la noche. Te lo aseguro, Corri, no vas a olvidar esta Navidad.

A la mañana siguiente, de camino a la casa de los O'Brien, Aidan no dejó de acariciar a Corri; eran caricias delicadas en los muslos, las mejillas o el cuello, hasta donde el jersey negro tapaba sus pechos. Ella no dejó de repetirle que si no paraba, no podría actuar normalmente con su familia.

—Es un aperitivo para esta noche —le dijo él mientras aparcaba detrás del viejo camión de su padre.

Recogieron todos los regalos que habían llevado, y Corri recorrió el sendero por delante de Aidan, otra vez la farsa… Corri se detuvo en medio de la sala y le impresionó lo acogedor que era todo, desde el árbol de Navidad hasta el olor a pan recién hecho que llegaba de la cocina. Era todo lo que ella no había tenido de niña.

Mallory O'Brien fue la primera en saludarla y abrazarla.

—Me alegro de que hayas venido, Corri. Siento las majaderías de Kevin.

Corri le dio la bolsa con los regalos a Aidan, pero se quedó agarrada a la caja con el postre que ella había preparado.

—No te disculpes, Mallory. Está zanjado.

Corri saludó a los dos hermanos menores de Aidan, Logan, con pelo casi negro y ojos muy azules, y Kieran. Cuando ella preguntó por Devin, el mayor, Logan le contestó:

—Está de guardia en el hospital, y Stacy se ha llevado a Sean a casa de sus padres. Por eso vinimos todos anoche. Tú también deberías haber venido.

A ella le habría gustado ir y, además, se habría ahorrado la visita de Kevin.

—Sinceramente, todavía tenía que envolver los regalos. Siempre lo hago todo tarde.

Dermot entró en la habitación, dio un abrazo muy fuerte a Corri y una palmada en la espalda a Aidan.

—Me alegro de que hayáis venido —miró la caja que llevaba Corri—. ¿Qué delicia nos has traído?

—Mis galletas especiales de almendra. Sé que a Lucy le encantan. ¿Está en la cocina?

—¿Dónde iba a estar si no? ¿Quieres que se las lleve?

—Las llevaré yo misma y veré si quiere que le eche una mano.

Antes o después tendría que encontrarse con la que pudo ser su suegra y la defensora de su exnovio.

—Llámame si necesitas ayuda.

Corri se volvió y comprobó que Aidan no le ofrecía ayuda para preparar la cena.

—Seguro que nos apañamos.

—¿Seguro que yo tampoco puedo hacer algo? —insistió Mallory.

—Siéntate y descansa. Piensa que el año que viene por estas fechas tendrás que ocuparte de dos hijos.

Whit, el marido de Mallory, gruñó, y todos se rieron, excepto Corri, que estaba pensando en lo que la esperaba.

—Volveré enseguida —se despidió Corri mientras se dirigía hacia la cocina.

La cocina donde Corri la había anidado bastantes veces a preparar otras cenas. Lucy estaba junto al fregadero pelando batatas para el tradicional guiso de patatas dulces. Llevaba el pelo entrecano recogido en un moño y un jersey rojo y verde con unos pantalones negros. Seguía siendo una mujer hermosa.

—Huele muy bien —la saludó Corri mientras dejaba la caja en la encimera.

Lucy la miró fugazmente antes de seguir con su tarea.

—Hola, Corinna.

Nunca la había llamado así, y no era una buena señal.

—¿Qué puedo hacer?

—Nada. Tengo todo controlado.

Lucy nunca había rechazado su ayuda, y Corri se sintió descorazonada.

—Tenemos que hablar, Lucy.

—¿De qué?

—De la ruptura entre Kevin y yo.

—No hay nada que decir, Corinna. Ya está hecho.

—Sólo quiero decir que siento mucho que no saliera bien. Sé lo mucho que te dolió que Logan y Helena cancelaran la boda en el último minuto, y ahora esto…

—Los jóvenes de hoy no os tomáis los compromisos en serio.

Parecía una acusación contra Corri, pero prefirió no discutirla.

—Supongo que es verdad algunas veces, pero creo que es mejor darse cuenta de la incompatibilidad antes de casarse.

Lucy no contestó, y Corri le puso una mano en el hombro.

—También quiero que sepas que, independientemente de lo que haya pasado entre Kevin y yo, te respetaré siempre. Agradezco todo lo que has hecho por mí, cómo me has recibido en tu casa y cómo has hecho que me sintiera de la familia durante un tiempo. Eso significa más de lo que te imaginas para mí.

A Lucy se le empeñaron los ojos de lágrimas, dejó el pelador en el fregadero, se secó las manos con el paño y salió precipitadamente de la cocina.

Corri no intentó detenerla, pero supo que no debería haber ido en esa fecha y que tenía que marcharse.

Corri pasó por delante de la sala para dirigirse a la puerta de la calle, y Aidan comprendió que tendría que haberla acompañado a la cocina, quisiera ella o no. Se levantó para seguirla al vestíbulo, pero Mallory también se levantó y se lo impidió.

—Déjala un minuto sola.

—Ha sido culpa mía —Aidan se pasó la mano por el cuello—. Debería haber sabido que a mamá no le gustaría la presencia de Corri.

—Yo hablaré con Corri. Tú habla con mamá —le dijo Mallory—. Ella te escuchará.

—No si se trata de Kevin.

—Tienes que intentarlo por Corri. Si no, la fiesta se fastidiará para las dos.

Aidan asintió y esperó que no fuera demasiado tarde. Se dio la

vuelta, pero se lo pensó mejor y volvió a mirar a su hermana.

—No tardes demasiado en ocuparte de Corri.

—A sus órdenes. Tú no tardes demasiado en aceptar que Corri te gusta más de lo que quieres reconocer; a ella y a ti mismo.

Aidan no quería hablar de eso con Mallory. Tenía que arreglar las cosas con su madre, y si no lo conseguía, se iría con Corri y pasaría la Navidad con ella en su casa.

Al no encontrar a su madre en la cocina, fue a su dormitorio, donde se encontró a su padre sentado en el borde de la cama y rodeando los hombros de su mujer con el brazo. Aidan se dio cuenta de que su madre había llorado y, aunque le dolió, no pudo evitar cierta furia. Cuando se trataba de Kevin, estaba tan ofuscada que no se daba cuenta que había criado un hijo al que no le importaba nadie ni nada que no fuera su trabajo, como Corri.

—Déjanos un rato, papá.

—Hijo, sea lo que sea lo que vayas a decir a mi mujer, yo tengo el derecho a oírlo.

—Muy bien.

Aidan se puso delante de ellos con la cómoda a sus espaldas. No era una buena idea acordarse de una cómoda cuando iba a hablar de Corri con sus padres, pero hizo un esfuerzo para olvidarse de esa imagen y se aclaró la garganta.

—Mamá, ya sé que tenías la esperanza de que Kevin y Corri siguieran juntos, pero eso no iba a pasar. Kevin la ha tratado como un majadero durante nueve meses.

—No voy a escuchar si críticas a tu hermano, Aidan —replicó ella con rotundidad.

—Claro que vas a escuchar, madre. Corri es una mujer muy notable, y Kevin está tan ensimismado, que no lo ha visto. Él la ha dejado, y ella ha venido conmigo porque es una buena amiga. Ha sido una buena amiga de todos en esta familia, entre otros, vosotros.

Lucy bajó la cabeza y se agarró el borde del mandil.

—Sí, pero…

—No hay peros en esta situación. Espero que la superes para que todos podamos seguir adelante. Si no puedes ser amable con ella, dímelo y me la llevaré de aquí, pero no volveré hoy.

Sus padres se miraron.

—Entonces, ¿es verdad que la besaste en marzo? —le preguntó su madre.

—¿Qué tiene que ver eso con la situación?

Lucy puso la expresión seria que utilizaba para callarlos cuando

eran pequeños.

—Por eso estás defendiéndola, Aidan. Por eso ha venido ella hoy. No puedo evitar preguntarme si tú no habrás sido parte del problema entre Kevin y ella.

Aidan hizo lo posible por no dejarse llevar por la ira.

—Yo no tuve nada que ver con que Kevin rompiera con Corri. Dime cuál va a ser tu respuesta. Corri será bien recibida y se quedará o no lo será y nos iremos los dos.

—No estoy enfadada con Corri —Lucy se secó las lágrimas con el dorso de la mano—. Estoy decepcionada. Quería que fuera mi nuera y ya no lo será.

Dermot puso la cabeza de su mujer sobre su hombro.

—No te preocupes, cariño. Estas cosas acaban solucionándose solas —guiñó el ojo a su hijo.

—Los hombres siempre decís lo mismo —Lucy los miró—. Dile a Corri que es bien recibida y que necesitaré un poco de ayuda con la cena. A ella se le da muy bien la cocina.

Se le daban muy bien muchas otras cosas, pero Aidan no iba a contárselo.

—Se lo diré.

Si ella no se había ido a su apartamento.

Cuando Corri oyó que se abría la puerta a sus espaldas, esperó que fuera Aidan quien entrara en el porche, pero se encontró con Mallory con las manos sobre el vientre.

—¿Has pasado un mal trago con mi madre?

Corri sintió un escalofrío al recordarlo.

—No ha sido su culpa. Venir ha sido una mala idea.

—No lo ha sido, Corri. Da igual lo que haya pasado entre Kevin y tú; sigues siendo una amiga de la familia. Mi madre te adora, y por eso está tan fastidiada. Por eso y porque su hijo favorito ha vuelto a faltar el día de Navidad.

Corri se preguntó si Lucy supondría que ella tenía algo que ver.

—Me siento fatal, Mallory. No sé cómo explicarle lo que pasó con Kevin. Que todo fue… —Corri no tuvo fuerzas de entrar en eso —. No debería haber pasado.

—Hace meses que lo sé, Corri. También he sabido que otro hermano O'Brien estaba deseando tomar el puesto de Kevin, si no lo ha tomado ya…

Corri miró a Mallory, que estaba sonriendo.

—¿Ha dicho algo Aidan sobre nosotros?

—No hace falta que diga nada. He visto cómo te mira. Cómo te ha mirado siempre. Está claramente enamorado de ti.

Era casi una reproducción literal de la conversación con Kieran.

—No está enamorado de mí, Mallory. Quizá haya algo de lujuria, pero no de amor.

—Entonces, ¿os estáis acostando juntos?

No tenía sentido negarlo. El calor que le subía hasta la cara era una evidencia.

—Sí, pero desde hace muy poco. Aidan no hizo ninguna aproximación cuando Kevin y yo estábamos juntos.

—Excepto el beso en la cocina.

—¿También lo sabes?

—Logan se lo dijo a Whit, y Whit me lo contó a mí, pero no te preocupes, no voy a pregonarlo. Voy a tener que volver dentro porque una de las niñas está jugando al fútbol con mi vejiga.

—Claro. Si no te importa, ¿podrías decirle a Aidan que saliera?

—Casi he tenido que atarlo para que me dejara hablar contigo primero.

Corri agarró la mano de Mallory.

—Gracias por escucharme.

—De nada, pero ahora escúchame tú —Mallory la miró a los ojos—. A Aidan le cuesta expresar sus sentimientos y, aunque nunca te lo reconocerá, esa dificultad viene de ser un niño muy callado.

—¿Hablamos del mismo Aidan? ¿Del hombre que exige toda la atención cuando habla?

Mallory se apartó el pelo de la cara.

—Ya sé que es difícil creérselo con una familia tan bocazas y cuando ahora él es el intermediario de la familia, pero era muy introvertido. Siempre me pareció un observador, alguien que escuchaba. Cuando llegó al instituto, era inteligente, atlético y uno de los chicos más admirados. Seguía siendo distante, pero a las chicas todo ese misterio les parecía atractivo. Él aprendió a sacarle partido.

—Bastaba con que moviera un dedo para que todas fueran corriendo, ¿no?

—Ni siquiera, bastaba con su mera presencia. Me acuerdo cuando yo estaba en el primer curso del instituto, y él, en el último. Las chicas lo llamaban a todas horas. Naturalmente, las conversaciones eran muy breves, del tipo: «Encuéntrate conmigo el viernes en el aparcamiento después del partido».

Corri y Mallory se rieron antes de que Mallory se pusiera seria.

—Te cuento esto, Corri, para que sepas que si él todavía no te ha dicho lo que siente, eso no quiere decir que no lo sienta. Me apuesto lo que quieras a que te lo aclarará si le das tiempo. A no ser que tú

no sientas lo mismo por él.

—No sé lo que siento. Sólo sé que cuando estoy con él, estoy más feliz que lo que he estado con cualquier otro hombre. No es cuestión de sexo. Es camaradería y amistad.

—Créeme, Corri. Enamorarte de tu amigo no tiene nada de malo. Yo soy un ejemplo.

A Corri no le sorprendió el comentario. Mallory se había enamorado de un compañero de piso y estaban felizmente casados, pero no le parecía nada sensato enamorarse de alguien alérgico al compromiso como Aidan. Dio un abrazo a Mallory.

—Te agradezco tu consejo.

Mallory se llevó las manos a los riñones.

—Yo agradezco que febrero se acerque para poder tener estos hijos.

La puerta se abrió, y Aidan apareció en el porche. Mallory pasó junto a él y le dio una palmada en la mejilla.

—Trátala bien, Aidan.

Mallory desapareció, y él se sentó junto a Corri en el escalón.

—¿Qué tal estás?

—Regular. Creo que deberías llevarme a casa antes de que moleste más a tu madre.

Él le pasó un brazo por los hombros.

—He hablado con ella, y está bien. Me ha pedido que te preguntara si te importaría ayudarla con la comida.

Corri lo miró con los ojos como platos.

—Es un buen cambio de actitud…

—Está fastidiada porque no vayas a ser un miembro más de la familia, pero sigues siendo bien recibida.

—¿Estás seguro?

—¿Te llevaría yo por un camino equivocado?

—Depende —Corri no pudo contener una sonrisa—. Has intentado hacerlo durante los últimos días.

—Y tú te has dejado encantada de la vida.

—Efectivamente.

—Entra en la casa y terminemos con todo esto. Todavía tengo que darte mi regalo, y no puedo hacerlo mientras toda la familia está mirando.

El tono profundo y persuasivo de su voz y la mirada ardiente arroparon a Corri con una calidez muy especial.

—Bueno, si lo planteas así…

# Capítulo Ocho

Mientras Aidan desaparcaba, Corri miró a toda la familia O'Brien que había salido al porche y que se despedía de ellos con la mano. Se sintió como si pudiera ser la última vez que viera esa escena. Tomaron la carretera y empezó a pensar en todo lo que había pasado ese día. Lucy y ella se abrazaron y se disculparon, pero seguía creyendo que Lucy la culpaba de la ruptura y, efectivamente, tenía mucha culpa. Si ella hubiera acabado con la farsa antes de que hubiera brotado el cariño con la familia…

Corri miró a Aidan al darse cuenta de que iban en una dirección equivocada.

—Por aquí no se va a mi apartamento.

Él le tomó la mano y la puso sobre su muslo.

—Lo sé. Vamos a mi casa, y te llevaré a tu apartamento dentro de unas horas. Yo te propondría que te quedaras a pasar la noche, y te llevaría mañana al trabajo, pero eso podría disparar las conjeturas.

Eso significaba que lo suyo era una aventura clandestina. No podían decírselo a la familia de Aidan ni ser claros en el trabajo. Independientemente de que Aidan le hubiera dicho en Nueva York que no le importaba lo que pensaran los demás, eso no era completamente cierto. Otra vez estaba ocultando la verdad de una relación, y la única verdad era que estar con Aidan había significado para ella más de lo que nunca se había imaginado. Por eso aprovecharía todo el tiempo esa noche y a la mañana siguiente ya decidiría qué hacer con todo.

Cuando llegaron a la casa de Aidan, el sol estaba poniéndose. Una vez dentro, Aidan dejó los regalos sobre el sofá.

—Espérame aquí.

Aidan desapareció por el largo pasillo que ella no conocía todavía. Corri fue de un lado a otro del salón y le pareció raro que ni Aidan ni ella hubieran puesto adornos navideños. Ella ni siquiera tenía árbol porque esas tradiciones sólo conseguían que se sintiera más sola al no poder compartirlas con nadie. Entonces, Aidan volvió a aparecer. Si ella hubiera tenido alguna duda sobre sus intenciones, se le habrían disipado en ese instante. Llevaba unos vaqueros y nada más. El pecho estaba maravillosamente desnudo y

el pelo sensualmente despeinado. Mallory había tenido razón, él no tenía que hacer nada para que quisiera comérselo.

—Me parece que me has sacado ventaja.

—Podemos solucionarlo.

Corri tomó la mano que él le ofrecía y lo siguió por el pasillo. Pasaron tres puertas cerradas y una habitación que le pareció un despacho. Giraron a la derecha y se encontró con una puerta doble abierta que daba paso a una habitación gigantesca. La monumental cama, con sábanas negras, estaba apoyada contra una pared que terminaba en un techo abovedado. Por todos lados había obras de arte contemporáneo, y cuando Corri entró se sintió como si entrara en un mundo que no habría podido imaginarse.

—¡Caray! —fue todo lo que pudo decir.

—Todavía no has visto lo mejor.

Aidan la soltó y abrió otra puerta doble. Corri pudo ver un cuarto de baño que no se parecía a nada que ella hubiera visto antes. A un lado había dos tocadores negros y en un rincón una ducha transparente con todo tipo de grifos. El resto de paredes estaban cubiertas de espejos. Sin embargo, lo más impresionante era la bañera que había en el centro, rodeada de escalones de mármol negro y de velas. Una cantidad enorme de velas que daban un tono dorado a la escena. Cuando vio dos preservativos en el borde, comprendió que Aidan no se había olvidado de ningún detalle.

—¿Te gusta mi *jacuzzi*?

—No es un *jacuzzi*, Aidan, es una piscina.

—Al constructor le gustaban los baños romanos —replicó él entre risas.

—Es un cuarto de baño precioso, pero no sé si me gustan tantos espejos. Te resaltan los defectos del cuerpo cuando sales de la ducha.

—Tú no tienes defectos.

—Me has sorprendido con las velas —Corri lo abrazó—. No te consideraba romántico.

—Te prometí una Navidad que no olvidarías.

Ella sabía que a él no lo olvidaría, pasara lo que pasase en el futuro.

—¿Y ahora?

—Tú vas a darte un baño, y yo voy a hacer un par de llamadas.

—¿De trabajo?

—Sí.

—¿Vas a dejarme aquí sola? —se quejó ella.

—¿Se te ocurre otra cosa?

Él estaba provocándola, pero eso no significaba que ella tuviera que ceder, todavía.

Ella se quitó el jersey y lo dejó caer sobre la moqueta.

—Puedes ir a ocuparte de tus asuntos —Corri se quitó los zapatos con los pies, se bajó los pantalones y también los dejó a un lado—. Yo me daré un buen baño.

Él la miró de arriba abajo.

—Intentaré darme prisa.

Corri se soltó el sujetador y lo tiró con las otras prendas.

—¿Por qué? ¿Se te ocurre otra cosa?

Él se pasó la mano por el vientre hasta conseguir que ella se fijara en la protuberancia.

—¿Tú qué crees?

—Creo que será mejor que te des prisa —Corri se quitó las bragas y se quedó completamente desnuda—. Tienes que hacer esas llamadas —le recordó ella al ver que no se movía.

Él retrocedió un par de pasos sin dejar de mirarla.

—Estás intentando distraerme.

—Estoy intentando darme un baño.

Corri se sentó en un escalón y apretó el botón para poner en marcha los chorros.

—Que lo disfrutes.

Aidan activó un interruptor y la habitación se llenó con el suave ritmo del *jazz*. Luego, desapareció, lo que demostró su fuerza de voluntad. Corri se metió en la bañera, se levantó el pelo, se dejó caer contra la bañera y pensó que sería maravilloso ir más veces a esa casa con ese maravilloso dueño. Sin embargo, era imposible. Tenía que acordarse de que ese día era como un paréntesis de la realidad, un aplazamiento provisional. Su relación seguía en el aire y no estaba dispuesta a darse otro batacazo.

Corri cerró los ojos y se olvidó de todo. El agua y la música la adormecían, y empezó a dejarse llevar…

La sensación de que algo se deslizaba sobre su piel hizo que abriera los ojos. Al mirar, pensó que todo era un sueño increíble. Un rubí rodeado de diamantes colgaba de una cadena de oro entre sus pechos.

—¿A qué se debe esto? —preguntó ella.

—Es para ti. Feliz Navidad.

—Pero yo sólo te he comprado una corbata, y ni siquiera era una corbata seria…

Él la besó para cortar la perorata, y cuando se apartó, tomó la

cadena entre los dedos.

—Te sienta muy bien. Como dije la otra noche, el rojo es tu color.

—Es precioso, Aidan, pero es excesivo.

—Quería hacerlo.

—Me alegro… —Corri sonrió engatusadoramente—. ¿Por qué no te metes conmigo y me dejas que te lo agradezca debidamente?

Él metió la mano en el agua.

—Está casi fría. ¿Por qué no sales y me lo agradeces debidamente?

Corri salió de la bañera, y Aidan la envolvió en una toalla. Ella lo miró en un espejo, por encima del hombro de él, y se dio cuenta de que estaba completamente desnudo. La visión de su maravilloso trasero la excitó tanto, que empezó a acariciarlo por toda la espalda. La toalla cayó al suelo, y Aidan empezó a besarla. Cuando él empezó a ocuparse del cuello, ella pudo ver todo el cuerpo de Aidan y algunas partes del suyo desde distintos ángulos. Quizá todo fuera una fantasía: el collar que le colgaba del cuello, Aidan que la acariciaba por todo el cuerpo despertando su pasión, el susurro de él en el oído…

—No me canso de ti…

Sin embargo, el anhelo de él era muy real, como lo era el fuego que sintió en las entrañas cuando él la dejó sobre una estera de felpa negra que había al pie de la bañera. Los espejos volvieron a mostrarle cómo le besaba los pechos y le recorría el cuerpo con la lengua, cómo la llevó a un clímax muy intenso que la dejó sin fuerzas. Casi no se dio cuenta de que él se había apartado para ponerse el preservativo, pero se dio perfecta cuenta cuando entró en ella y fue entrando cada vez más profundamente.

Sin embargo, esa vez fue distinta. Esa vez hicieron el amor más lenta y delicadamente. Aidan le tomó la cara entre las manos, la besó suavemente y no dejó de mirarla a los ojos. Ella pensó que él iba a decirle algo, pero aceleró el ritmo de sus movimientos. Ella pensó que también podría decirle algo a él; revelar los sentimientos que casi no podía permitirse y, mucho menos, formular. Estaba a un paso de enamorarse de él, y eso le daba vértigo. No podía pensar en eso cuando estaba acercándose a otro clímax y notaba que Aidan estaba en el mismo punto. Se olvidó de todo cuando él estiró los brazos, y con una embestida la arrastró con él más allá de los límites. Se quedaron entrelazados en el suelo del cuarto de baño, y ella se dio cuenta de algo muy perturbador. Se había enamorado de él completamente y no podía evitarlo. Por fin pudo reconocerse

algo que se había negado durante meses: llevaba enamorada de él desde que la besó en la cocina.

Por segunda vez en dos días, Corri estaba en la cama de Aidan. Él no recordaba ninguna vez, en el año pasado, que una mujer hubiera pasado dos noches en su cama. Tampoco había estado allí librando una batalla contra unos sentimientos que no había previsto. Desear su cuerpo era una cosa, pero desear algo más que una aventura era algo completamente distinto. Corri estaba a punto de alcanzar el estrellato, y dentro de unas semanas, si no antes, se marcharía para aprovechar una oportunidad mejor. Por eso no podía permitir que los sentimientos lo ofuscaran. Sin embargo, en ese momento, con la espalda de ella perfectamente acoplada contra su pecho y con las manos entrelazadas debajo de los pechos de ella, le daba igual lo que pasara al día siguiente o a la semana siguiente. Esa misma noche era el futuro más lejano que podía prever.

—Dime algo que no sepa de ti, Aidan.

—¿A qué te refieres?

Ella lo miró y sonrió.

—Algo de lo que nunca hayamos hablado, como tu mayor temor.

—El miedo es un sentimiento contraproducente.

Aunque en ese momento, él temía que ella pudiera derribar unos cuantos muros que él prefería mantener intactos.

—Todo el mundo tiene miedo de algo —insistió ella—. Yo tengo miedo a las malas audiencias… y a las escaleras mecánicas.

—¿A las escaleras mecánicas?

—Cuando yo tenía cinco años. Mi querida madre me contó una historia de una escalera mecánica que machacó a un niño porque tenía sueltos los cordones de las zapatillas de deportes. Tuve que elegir entre evitar las escaleras mecánicas o las zapatillas. Como me gustaba hacer ejercicio, deseché las escaleras.

—¿Por qué elegiste la escuela de cocina?

—Me gusta revolver las cosas.

Él le pasó una mano por un pecho.

—A mí también.

—En serio —ella se puso de espaldas para mirarlo—, ¿Por qué elegiste tú el mundo de la televisión?

—De pequeño veía muchos noticiarios.

—Dímelo en serio.

—Es en serio. Llegué a querer ser locutor, pero luego me di cuenta de que mi sitio estaba entre bambalinas.

—Mallory me dijo que eras tímido.

—Yo era más reflexivo que hablador. Me asombraba que la gente abriera la boca sin haber tenido tiempo de pensar.

Ella apoyó la frente en el pecho de él.

—Acabas de describirme.

Él la tomó de la barbilla para que lo mirara, y detestó haberle hecho daño.

—Eso fue un incidente aislado. Perdiste el dominio de ti misma una vez y con motivo.

—Te aseguro que no es así. Pierdo el dominio de mí misma cada vez que estoy contigo.

—Yo también, y no me arrepiento.

—¿Estás seguro? —le preguntó ella con una sonrisa vacilante.

Él tenía que hacer algo para tranquilizarla.

—Quiero que te quedes conmigo toda la noche.

—¿Y mañana? —Corri frunció el ceño.

—Te llevaré a tu apartamento, lo que significa que tendremos que levantarnos antes de lo previsto. Aunque podemos quedarnos despiertos toda la noche.

***

Corri, después de pasar gran parte de la noche despierta, se levantó de la cama al amanecer y fue en busca de su salvación, la cafeína. Hizo una cafetera y la llevó con dos tazas al dormitorio, pero Aidan seguía dormido. Dejó su taza en la mesilla y se sentó en el borde de la cama. Una sombra oscura le cubría la mandíbula, y un mechón de pelo le caía sobre la frente. Tenía los ojos y los labios bien cerrados. No debería estar *sexy*, pero lo estaba. Al menos podría roncar para desanimarla, pero no emitía el más mínimo sonido. Ya estaba pensando en algunas formas más que discutibles de despertarlo cuando él abrió los ojos.

—¿Qué hora es?

—Casi las siete.

—Llevas puesta mi camisa.

Era algo que ella siempre había querido hacer y no había hecho nunca. En realidad, con Aidan había hecho muchas cosas que no había hecho nunca.

—La he encontrado en ese armario grande como un garaje que hay en el cuarto de baño.

Él alargó la mano y la introdujo por debajo del borde.

—Me gustas más sin ella.

Ella le apartó la mano.

—Si empiezas, los dos llegaremos tarde. Todavía tienes que llevarme a mi apartamento.

—Tienes razón —él se puso las manos detrás de la cabeza.

A ella le habría gustado que él hubiera protestado un poco más, pero no habría sido capaz de resistirlo. Sin embargo, era un buen momento para hacerle la pregunta que había estado desazonándola toda la noche.

—Si eres el dueño del estudio y el jefe, ¿por qué sería tan espantoso que la gente supiera que estamos viéndonos?

Él miró al techo.

—Porque todo el mundo, desde los operarios a los ejecutivos, acudirían a ti con sus problemas porque creerían que podrías hacer algo para influirme o te tratarían como una apestada por miedo a que me contaras sus quejas.

Eso tenía sentido, pero no todo en su relación lo tenía.

—Entonces, ¿por qué te molestas en tener algo conmigo?

Él la miró a los ojos.

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé —Corri se encogió de hombros—. Quizá que esto que tenemos entre manos no responde a la lógica. Que no pudiste evitarlo.

—Todo eso es verdad.

—¿Hasta cuándo tendremos que fingir?

Él se incorporó y se apoyó en el cabecero.

—Como te dije, iremos paso a paso.

Ella se levantó con el café en la mano y unas repentinas ganas de salir corriendo.

—Voy a vestirme.

Corri cruzó la habitación hacia el cuarto de baño, y él la llamó. Ella se dio la vuelta.

—¿Te pasa algo? —le preguntó Aidan.

—No, estoy bien.

Todo lo bien que podía estar alguien que se había dado cuenta de que el hombre que quería contaba con que el fuego entre ellos se apagaría, como seguramente haría, al menos para él. Además, lo indudable era que ella sería la que se abrasaría por el camino.

La mañana anterior, ella se había ido a su casa en taxi y sólo le había dejado una nota. Se había encerrado en su camerino para preparar el programa, y él no la había visto en todo el día y no contestó el teléfono cuando la llamó por la noche. Aidan se dio cuenta de que ella estaba poniendo distancia entre los dos y tendría que alegrarse, pero no se alegraba lo más mínimo.

En ese momento estaba en la cabina de control y la miraba entrar en el plato entre aplausos, con su mandil rojo favorito y la

mejor de sus sonrisas. También llevaba la melena rubia suelta sobre los hombros en vez de agarrada en su clásica cola de caballo. Se preguntó si querría hacerlo sufrir. Si era así, estaba consiguiéndolo. Aunque detestara reconocerlo, la había echado de menos el día y la noche anteriores. Él había tomado un rumbo peligroso, y si sabía lo que le convenía, tendría que enderezarlo inmediatamente, antes de que alguien del estudio se percatara y empezaran los problemas. Por una vez en su vida, no podía tener en cuenta su trabajo, sólo lo que quería. La quería a ella hasta que las circunstancias los mandaran por caminos distintos, como él sabía que pasaría.

Corri empezó el programa con un discurso autocrítico por su comportamiento del programa anterior y con unas disculpas que merecieron un aplauso. Siguió el guión sin vacilación y pasó a preparar un menú sensual para recibir el año nuevo. Cuando lo miró a los ojos durante el turno de preguntas y respuestas, ella titubeó ligeramente, algo que no había hecho jamás, pero se repuso rápidamente.

—Si no puede estar con la persona amada, ame la comida con la que está.

Era un eslogan que se había convertido en su lema personal. Algo que podría acompañarla durante toda su carrera profesional. Además, después de la llamada que él había recibido esa mañana, se había dado cuenta de que ella podría dar un paso que terminaría con todo aquello de una vez por todas.

—¡Es increíble! —exclamó Parker—. ¿Has visto cómo ha atendido el público a cada palabra?

Aidan lo había visto y también tenía que verla a ella inmediatamente; tenía que saber qué estaba pasando, aunque sospechaba que él tenía mucho que ver. En asuntos de trabajo, era un mediador experimentado, pero cuando se trataba de expresar sus sentimientos, todo el mundo lo consideraría inútil. Sin embargo, pasara lo que pasase a partir de ese momento con Corri, tenía que hacerlo antes de que ella lo abandonara.

Corri cerró el teléfono móvil justo antes de que llamaran a la puerta.

—Adelante.

Oyó que tecleaban el código secreto y esperó una entrada triunfal de Aidan. Efectivamente, él entró con un traje negro inmaculado y la absurda corbata que ella le había regalado en Navidad. Estaba impresionante, pero ella no tenía ganas de estar simpática. No le apetecía darse la vuelta y dejar de quitarse el maquillaje. Al menos, hasta que se hubiera sosegado.

—Un programa muy bueno —le felicitó él mientras entraba.

Ella se pasó un pañuelo de papel por las mejillas y la frente.

—Gracias, creo que ha salido bien.

—¿Dónde estuviste anoche? —le preguntó él con un tono nada exigente.

—Fuera.

Había ido sola a ver una película insustancial y había estado pensando en él y aguantándose las ganas de contestar a su llamada.

—¿Qué está pasando, Corri?

Ella se dio la vuelta en el taburete para mirarlo.

—He recibido una llamada bastante interesante de mi agente. Parecer ser que tengo una oferta de la televisión por cable. También parece ser que ella te lo comentó unas semanas antes de que se fuera de vacaciones de Navidad. Le ha sorprendido que no me hubieras dicho nada y, francamente, a mí también me ha sorprendido.

—No te dije nada porque no era una oferta en firme.

—¿Y no crees que merecía aunque fuera un comentario de pasada?

Aidan se metió las manos en los bolsillos.

—Mira, Corri, pase lo que pase entre tu agente y tú, es asunto vuestro.

—Tengo hasta la segunda semana de enero para aceptarlo o rechazarlo.

—Es una oportunidad única en la vida, Corri.

—¿Y mi contrato?

—Se rescindirá cuando aceptes.

Al parecer, él lo daba por seguro.

—Entonces, ¿no vas a hacerme una contraoferta?

—No puedo igualarla, Corri.

—No la conoces, ¿o sí?

—No, pero llevo bastante tiempo en este mundo como para saber qué incluye. Tendrás tu propio equipo y te pagarán el doble que ahora, si no más.

Sin embargo, no lo tendría a él; como si alguna vez lo hubiera tenido…

—Y un programa completamente distinto porque parecer ser que no les gusta este formato.

—No pueden hacerlo porque es mío.

—Y estoy segura de que encontrarás una sustituía enseguida si me marcho.

—Seguramente, no. No funcionará con cualquiera.

—¿No puedes darme algún otro motivo para quedarme?

Él dudó un instante.

—Cuando aceptaste el programa, yo sabía que sólo era un escalón, que antes o después llegaría tu momento.

Corri se acordó de la advertencia de Tamara. «Está poniéndote a punto… cuando hayas llegado a lo más alto, se retirará para irse con otra…». Se agarró del taburete con toda la fuerza de su furia y de darse cuenta de que había vuelto a hacer el tonto.

—Ya lo entiendo. No has dudado en acostarte conmigo porque siempre has sabido que sería algo provisional. Sabías que saldría de tu vida y que no tendrías que afrontar las posibles consecuencias en el trabajo o con tu familia —Corri se sacó el collar con el rubí y los diamantes de debajo de la blusa—. Supongo que esto es una especie de premio de consolación.

—¿Realmente piensas eso? —le preguntó Aidan con un gesto implacable.

—¿Qué quieres que crea si tú no dices lo contrario?

—Lamento que te sientas así —Aidan se dio la vuelta y abrió la puerta—. Cuando hayas cerrado el trato, dímelo.

Se fue sin decir nada más. Sin decirle siquiera que ella había sido algo más que una cana al aire. Al revés que Kevin, él había roto en persona, pero no dolía menos. En realidad, le había dolido diez veces más porque ella no había estado enamorada de Kevin.

# Capítulo Nueve

Corri no encontraba nada apetecible al inminente año nuevo, pero por lo menos tenía algo que hacer por la noche, aunque no le apasionaba la idea de la subasta benéfica ni lo que estaba a punto de hacer. Dejó la caja en el tocador y abrió el cajón de la cómoda donde había guardado algunos recuerdos de ese año. Entre otras cosas, encontró el periódico donde se anunciaba el principio de su programa con una foto de ella entre Freed y Aidan. Si hubiera sabido lo que sabía en ese momento, que acabaría atrapada en un amor no correspondido con el dueño del estudio, quizá no hubiera hecho todo lo que había hecho. Desde luego, borraría su historia con Kevin, pero no la que había tenido con Aidan, aunque el corazón estuviera cayéndosele a pedazos.

Desde el último programa había visto a Aidan de pasada y sólo se habían intercambiado cordiales saludos. Parecían unos desconocidos.

—No puedo creerme que estés trabajando un día de fiesta.

Corri levantó la mirada y vio a Mallory en la puerta que había dejado abierta. Había esperado que Aidan hubiera tomado la puerta abierta como una invitación para despedirse. Esbozó la mejor sonrisa que le permitió su corazón maltrecho.

—¿Qué te trae por el estudio en Nochevieja?

—Whit tiene una reunión con alguien que va a redecorar la sala de espera. Aidan le ha pedido que lo supervise —Mallory entró y se fijó en la caja—. ¿Has decidido hacer limpieza para el año nuevo?

—En realidad, me voy a California dentro de unas semanas y he decidido empezar a embalar las cosas.

—¿Qué es eso de California? —le preguntó Mallory sin salir de su asombro.

—Mi nuevo trabajo, cuando lo acepte oficialmente —algo que no había hecho todavía—. Voy a trabajar para una televisión por cable.

—¿Qué ha dicho Aidan de eso?

—Nada.

Ese era el problema.

—¿No ha intentado convencerte para que te quedes?

—Él sabe que es una buena oportunidad para mí, y el estudio no

puede igualar la oferta.

Mallory se apoyó en el tocador.

—¿Y vuestra relación? ¿También quieres dejarla?

—No tengo otra alternativa, Mallory. Lo nuestro se ha terminado. Yo sabía desde el principio que era algo provisional.

—Pero sigues enamorada de él —añadió Mallory.

Corri revolvió entre los recuerdos para disimular.

—Da igual lo que yo sienta porque él no siente lo mismo.

—¿Se lo has preguntado?

—No tendría que preguntarle nada —Corri miró a Mallory—. Si él siente algo por mí, que me lo diga. No voy a sacárselo con sacacorchos.

Tampoco quería que le dijera que para él sólo habían sido unos revolcones y nada más. Mallory se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Corri.

—Me he criado con cinco hermanos, Corri. Sé perfectamente cómo usar el sacacorchos, no me importa hacerlo.

Mallory desapareció antes de que Corri pudiera decir nada.

—Nunca pensé que la estupidez se hubiera apoderado de tantos varones de mi familia.

Aidan levantó la vista del ordenador personal y vio a su hermana en la puerta del despacho y con el ceño fruncido.

—Mallory, no soy el único hombre que trabaja en Nochevieja.

Ella entró, agarró una silla y se sentó enfrente de él.

—No me refiero a eso.

Él tuvo la impresión de que no era una visita amistosa.

—¿Dónde está tu marido?

—Con el contratista. Yo he preferido hablar un rato contigo sobre Corri. Acaba de decirme que se va a California dentro de un par de semanas.

Al parecer, Corri había decidido aceptar el trabajo sin decírselo. Él tampoco había esperado otra cosa porque no habían hablado desde que discutieron en el camerino y no había pasado ni un segundo sin que él se hubiera arrepentido de no decir algo más, por no haber intentado arreglar las cosas.

—Es la oportunidad de su vida, Mallory.

—Y tú vas a dejarla marchar sin más.

—Es una decisión suya, no mía.

Mallory dio una palmada en la mesa.

—¿No podrías dejar de pensar por una vez como un empresario y hacerlo como un hombre? Si lo hicieras, para variar, te darías

cuenta de que Corri está enamorada de ti.

—¿Te lo ha dicho ella? —a él le costaba asimilar esa idea.

—No hace falta que me lo diga. Es evidente para todo el mundo menos para ti. ¿Sabes otra cosa que es evidente?

—¿Qué?

—Tú también estás enamorado de ella y va siendo hora de que lo afrontes. Tienes treinta y cinco años, tienes dinero, una empresa, una casa donde caben dos familias y, sin embargo, también tienes miedo de vivir con la mejor mujer que has conocido.

Él maldijo la verdad que había en aquellas palabras y se maldijo a sí mismo por no poder dominar la situación.

—No tengo derecho a interponerme en su camino. No sería justo ni que lo intentara.

—Tampoco sería justo para ninguno de los dos que no le dieras a ella la posibilidad.

—Ella podría no triunfar tanto si se quedara en el estudio.

Mallory alargó una mano y se la puso en el hombro, aunque él tuvo la sensación de que quería tumbarlo de un puñetazo.

—Tú puedes ofrecerle algo más que una carrera profesional. Puedes ofrecerle un futuro contigo, a no ser que vayas a mentirme como un bellaco y asegures que no sientes nada por ella —él no negó nada—. Díselo, Aidan. Dile lo que ella necesita oír y lo que tú necesitas decir. No es tan difícil cuando puedes perder tanto.

Aidan sabía que su hermana tenía razón, pero había otro inconveniente.

—Es difícil tener una conversación seria con alguien que no te dirige la palabra.

—Eres inteligente, al menos casi siempre. Estoy segura de que se te ocurrirá algo —Mallory se levantó con la dificultad propia de una mujer embarazada y fue hacia la puerta—. No tardes mucho, Aidan. Si no, ella se irá y te quedarás sin saber qué habría pasado.

Por primera vez, Aidan se encontró con que tenía que tomar una decisión trascendental que no era relativa al trabajo. Sin embargo, tenía algunas ideas, y esa noche tendría una ocasión magnífica de echarle valor. Por desgracia, sólo le quedaban cuatro horas antes de la función y tenía la sensación de que estaba quedándose sin alternativas ni tiempo.

Corri estaba en el estrado. Era la última que iban a subastar como a un trozo de carne, vestida con un traje negro hasta el suelo, con mangas largas, cuello alto y algún aderezo, pero un trozo de carne al fin y al cabo. Llevaba una hora diciéndose que era por una buena causa. Su obligación se limitaba cenar con el máximo

pujador. Pero ¿qué pasaría si no pujaba nadie? Saldría en los periódicos como la pobre cocinera que ni siquiera era capaz de conseguir un acompañante para la beneficencia.

—Señoras y señores, nuestra siguiente generosa voluntaria es la anfitriona del infame programa *La cocina candente de Corri*, con ustedes Corinna Harris.

A Corri no le gustó el término «infame» ni el foco que la cegó, pero por lo menos recibió un aplauso.

—Abriremos la subasta con cien dólares —el subastador hizo un gesto con el mazo—. Dan quinientos, ¿alguien da seiscientos?

Corri se tranquilizó al pensar que por lo menos valía quinientos dólares para alguien, aunque no había podido ver para quién. Sin embargo, la puja empezó a subir a toda velocidad, y ella empezó a ponerse nerviosa. Casi se desmayó cuando alguien exclamó que ofrecía diez mil dólares. El público se quedó en silencio, y ella tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la boca cerrada.

—Diez mil a la una, a las dos… Vendida al caballero de la esquina.

Corri no tenía ni idea de quién podría ser el generoso donante, hasta que otro hombre subió al estrado y susurró algo al oído del subastador.

—Enhorabuena a nuestro máximo pujador que ha marcado un récord con su generosidad. Por favor, un aplauso para el señor J.D. Breckenridge tercero.

Corri abrió los ojos como platos pese a su intento de parecer tranquila. Conocía la reputación de J.D. Breckenridge y lo había conocido personalmente en un cóctel al que fue con Kevin. Era un playboy afamado que había heredado una fortuna de una familia que era dueña de la mitad de la propiedad inmobiliaria de Houston.

Cuando se encendieron las luces del salón de baile del hotel, Corri bajó los escalones y la recibió un hombre calvo con unas espaldas de jugador de fútbol americano.

—Señorita Harris, el señor Breckenridge me ha pedido que le diga que la espera en el vestíbulo.

—Gracias. Iré dentro de un momento.

Antes tenía que beberse un vaso de vino. Se abrió paso entre la multitud y encontró un camarero que llevaba una bandeja con copas de champán. Tomó una y se sentó para comprobar el maquillaje. La cita no le entusiasmaba, pero quería estar presentable. Por lo que ella sabía, ese tipo podría incluso gustarle. Imposible. Seguía pensando en Aidan, y todavía tenía las heridas abiertas; seguramente, las tendría durante mucho tiempo.

Se preguntó dónde estaría él y si ya la habría reemplazado. Si recibiría al nuevo año con otra mujer en su casa. Más concretamente, en su bañera. Se quitó esa idea de la cabeza, dejó la copa vacía y fue hacia el vestíbulo. Decidió olvidar a Aidan por esa noche y disfrutar un rato.

El vestíbulo estaba abarrotado de gente, pero enseguida reconoció al señor Breckenridge. Lucía un bronceado constante y su pelo era casi como el de ella, aunque se temía que gracias a la química. Aun así, podría haber sido peor. Las otras mujeres que habían subastado habían acabado con multimillonarios octogenarios famosos por casarse y divorciarse con jovencitas. Cuando J.D. la vio, esbozó una sonrisa que habría cautivado a muchas mujeres. A Corri le pareció que tenía unos dientes demasiado perfectos. Al acercarse a él, se dio cuenta de que, con tacones, le sacaba algunos centímetros, aunque esa noche no pensaba quitarse los zapatos ni otra cosa.

—Me alegro de volver a verla, señorita Harris —la saludó mientras le besaba la mano.

A ella no le gustó el gesto.

—Entonces, se acuerda de que ya nos conocimos…

—Nunca lo he olvidado, ni a usted. Sin embargo, también recuerdo que estaba prometida a un escritor, Kevin o algo así.

Ella retiró la mano.

—Sí, Kevin. Ya no estamos prometidos.

Ella se arrepintió de haberío dicho cuando J.D. le lanzó una mirada ardiente.

—¿Está preparada para empezar con nuestra cita?

—Claro.

Él la tomó de la cintura, y cuando empezó a dirigirse hacia la puerta giratoria, ella se paró en seco.

—El banquete es en la otra dirección.

—¿Quiere cenar una comida de hotel? ¿No prefiere comida francesa en la intimidad?

Normalmente, ella habría elegido lo segundo, pero ese hombre le daba mala espina.

—No le falta cierta razón, pero la cena está incluida en la donación.

—Puedo permitirme cenar gratis.

—¿Dónde está ese restaurante?

—Es una sorpresa, pero le aseguro que le gustará.

—¿Está cerca?

Ella prefería que estuviera cerca por si tenía que volver

corriendo al hotel.

—No muy cerca.

Él volvió a tomarla de la mano y la llevó fuera del hotel, donde el calvo gigantesco abría la puerta de una limusina negra. Ella se soltó todo lo delicadamente que pudo.

—Por lo menos, deme alguna pista de adónde vamos porque no le conozco en absoluto.

Una desesperación evidente endureció el gesto de él.

—Mire, he pagado un dineral por su compañía, y eso no incluía tener que contestar sus preguntas.

—Creo que tengo derecho a saber adónde voy antes de marcharme con un desconocido.

Él volvió a rodearle la cintura con un brazo.

—No se preocupe, no voy a hacerle nada malo. Voy a ofrecerle una Nochevieja inolvidable.

Era exactamente lo mismo que le había ofrecido Aidan en Navidad, pero no le pareció tan tentador dicho por ese majadero.

—Sólo una cena, señor Breckenridge.

—Llámame J.D., Corri. Creo que deberíamos tutearnos —el guiñó un ojo—. ¿Sabes una cosa? Tendríamos unos hijos preciosos.

—O me suelta la mano ahora mismo o le aseguro que nunca tendrá hijos —replicó ella con los dientes apretados.

—Me gustas, Corri. Tienes agallas.

Justo cuando Corri estaba pensando en el rodillazo entre las piernas, oyó unos pasos apresurados detrás de ella.

—Suéltela, hijo de perra.

# Capítulo Diez

Breckenridge la soltó, y Aidan se puso en medio de ellos con los puños cerrados.

—La señora no va a ninguna parte con usted.

Breckenridge no pareció inmutarse aunque era mucho más bajo que Aidan. Sería por el guardaespaldas que lo observaba.

—Si hubiera llegado a la subasta a tiempo, O'Brien, quizá estuviera en mi lugar.

Corri lo miró con incredulidad.

—¿Estabas ahí?

—Llegué después de tu subasta, si no, habría superado la puja de este canalla.

Breckenridge pareció menos confiado que antes.

—Pero no llegó a tiempo, lo que demuestra que el hombre que llega tarde acaba el último.

Aidan miró a Corri.

—¿He llegado demasiado tarde?

—Depende de lo que quieras —contestó ella, mirándolo a los ojos.

—Quiero decirte un par de cosas, pero no aquí.

—¿Dónde?

—En el hotel.

—Un momento —intervino Breckenridge—, no puedes irte con él cuando ya he pagado.

Aidan sacó un talonario y un bolígrafo del bolsillo interior del esmoquin, se apoyó en la capota de la limusina y rellenó un talón, lo arrancó y se lo dio a J.D.

—Se lo reembolso con otros cinco mil por las molestias. Si entra, estoy seguro de que encontrará a alguien que quiera cenar con usted gratis —tomó de la mano a Corri—. Vámonos.

Ella no se opuso a que él la llevara al hotel.

—¿Adónde vamos? —le preguntó ella cuando llegaron al ascensor.

—Arriba.

A la última planta, donde él había reservado la mejor suite para hablar con el corazón y no con la cabeza, por una vez.

Una vez en el ascensor, Corri se apartó de él todo lo que pudo.

—No puedo creerme que hayas hecho un talón de quince mil dólares.

—Créeme, Corri, los vales—replicó él mientras le pasaba un dedo por la mejilla.

Los valía aunque aquéllos fueran a ser los últimos minutos que pasaran juntos.

A ella no le sorprendía que estuviera impresionante con esmoquin ni que hubiera reservado esa suite ni que hubiera acudido a su rescate, como había hecho tantas veces en el trabajo o con Kevin. Sin embargo, tenía la sensación de que esa noche iba a depararle alguna sorpresa, aunque ella no sabía si estaba preparada para albergar la esperanza de derribar las barreras que había levantado alrededor de su corazón.

—Siéntate —le ordenó Aidan mientras señalaba un sofá con adornos dorados.

Corri dejó el bolso en una mesilla, se sentó y esperó que Aidan se sentara a su lado. Él, sin embargo, agarró una butaca, se sentó enfrente de ella, se soltó la pajarita y se dejó caer contra el respaldo.

—Tengo que decirte muchas cosas, Corri, y vas a tener que ser paciente porque, sinceramente, me va a costar.

—Tómate el tiempo que necesites, Aidan.

Salvo que quisiera disculparse y despedirse elegantemente u ofrecerle un último revolcón. Si quería eso, ella quería largarse de allí inmediatamente.

—Primero, no quiero que te vayas del estudio, y haré lo que sea para que cambies de idea.

Corri pensó que debería haberse imaginado que era un asunto laboral.

—Tú decidiste no hacerme una contraoferta.

—Te lo diré de otra manera, no quiero que me dejes a mí.

—¿Por qué no quieres que me vaya, Aidan?

—Porque durante el año pasado he estado deseando verte todos los días, incluso cuando estabas con Kevin, y no sé si soportaría no volver a verte.

Ella supo cuánto estaba costándole reconocer todo eso simplemente por cómo se estiraba el cuello de la camisa.

—Siempre puedo hacerte una visita.

—No me refiero sólo al trabajo. Me refiero a que formes parte de mi vida. Estoy harto de fingir que no siento nada por ti porque sí lo siento. Estoy harto de fingir, punto.

Ella se sintió como si estuviera en un mundo irreal donde el

imperturbable Aidan se hubiera convertido en un hombre que exponía su corazón.

—Yo también estoy harta de fingir, Aidan, y…

Él levantó una mano para callarla.

—Déjame que lo suelte todo mientras pueda —Aidan se levantó y se sentó al lado de ella—. Si quieres irte a California, estoy dispuesto a trasladar el estudio para acompañarte.

Ella estuvo segura de que algún extraterrestre había secuestrado a Aidan.

—¿Por qué ibas a hacer algo así?

—Porque no quiero ver cómo te marchas.

Ella no habría podido dar un paso en ese momento aunque su vida dependiera de ello. Tampoco pudo evitar el nudo que se le formó en la garganta y que le impedía hablar.

—No quiero limitarme a ser tu amigo, Corri. No podría porque estoy enamorado de ti.

Ella se aclaró la garganta y deseó poder aclararse igual las ideas.

—¿Podrías repetir eso?

—Te quiero. Te he querido desde el día que entraste en el estudio e hiciste la prueba para el programa. Tardé un poco en darme cuenta, pero ahora puedo reconocerlo.

Ella se sintió mareada, llorosa y sorprendentemente decidida.

—No quiero irme a California y tampoco quiero dejarte. Para que lo sepas, me enamoré de ti el día que dejaste una bolsa con mis caramelos favoritos en mi camerino.

—¿No fue el día que te besé en la cocina? —le preguntó él con un tono casi ofendido.

—En realidad, ése fue el día que me atrajiste sexualmente.

Él dejó escapar una risa, profunda y *sexy* que estremeció a Corri.

—Sigo atrayéndote sexualmente.

Ella le perdonaría tanta vanidad, en ese momento, le perdonaría cualquier cosa.

—Yo podría decir lo mismo de ti. ¿Sabes una cosa? Creo que la pasión y la amistad pueden ir juntas.

—Lo sé —Aidan suspiró—. Eso fue lo que falló entre Tamara y yo. No éramos amigos. No como lo somos tú y yo. Además, esto no acabará nunca, Corri.

—No —confirmó ella rotundamente.

Él la abrazó contra su costado.

—La buena sintonía tampoco acabará. Al menos, si yo tengo algo que decir sobre el asunto, y lo tengo.

La besó apasionadamente, y Corri recibió de buen grado tanta

pasión, pero cuando la cosa empezaba a ponerse interesante, él se apartó y levantó a Corri.

—Tengo que darte una cosa en el dormitorio.

—Estaba esperando que lo dijeras.

Él sonrió y la llevó al dormitorio, donde se encontró que la enorme cama estaba repleta de caramelos con envoltorios dorados.

—No puedo creerme que hayas hecho esto.

—Todavía no lo he hecho.

Corri miró a Aidan, que sacó un estuche de terciopelo y se lo dio a ella.

—Si lo aceptas, tienes que prometerme que no lo tirarás contra una pared.

Ella se sacó el collar que él le había regalado de debajo del vestido.

—Todavía conservo esto.

Aunque había pensado en devolvérselo cuando estuviera en California.

Él abrió el estuche para enseñarle un anillo con un diamante rodeado de rubíes. Corri se quedó mirándolo sin acabar de creerse que quería decir lo que ella pensaba.

—Cásate conmigo, Corri, y haré todo lo posible para hacerte feliz.

—Ya lo has conseguido, Aidan.

Ella tomó el anillo y se lo puso en el dedo. Sabía que esa vez estaba en su sitio, no como el de Kevin. Aidan y ella eran el uno del otro. Aidan dejó el estuche en la cama y la besó con ternura para sellar los sentimientos que debió haber reconocido hacía meses, antes de perder tanto tiempo.

—¿Vamos a tener que comernos todos esos caramelos antes de poder usar la cama? —le preguntó ella con una sonrisa.

—Tardaríamos demasiado.

Ella le desabrochó el botón del cuello de la camisa.

—Tienes razón. A lo mejor tendríamos que compartirlos con alguien.

Él le bajó la cremallera del vestido.

—Podemos llevarlos mañana a casa de mis padres para celebrar el Año Nuevo.

El vestido de Corri cayó al suelo, y su alma, a los pies.

—Supongo que tendremos que seguir siendo sólo amigos durante un tiempo.

—No. Voy a contarles a todos la verdad. No voy a seguir ocultando mis sentimientos.

—Te quiero, Aidan. Más que a mi cuchillo de trinchar favorito.

—Y yo te quiero tanto que pasaré por alto tu manía de dejar los zapatos por cualquier lado, pero prométeme que mantendrás el cuchillo lejos de mí.

—Te lo prometo. Tú quítate la ropa de una vez y acuéstate conmigo.

—No tendrás que repetírmelo.

De un manotazo, Aidan tiró los caramelos al suelo, y con un par de rápidos movimientos se desnudó y desnudó a Corri. Una vez en la cama, y con unas caricias y besos algo más creativos, consiguió que ella casi le suplicara que acabase con ese tormento arrebatador.

Si unos meses antes alguien le hubiera dicho que iba a estar haciendo el amor con Aidan en la suite de un hotel por segunda vez en una semana, completamente enamorada y prometida en matrimonio, ella le habría contestado que estaba loco, pero eso era exactamente lo que estaba haciendo y no se imaginaba hacer otra cosa.

Corri no estaba segura de querer estar en la sala de los O'Brien, aunque sólo estuvieran los padres de Aidan, Mallory y Whit. Cuando Aidan, con un tono imperativo que no dejó lugar a la duda, comunicó que iban a casarse, ella miró hacia la puerta de salida. Nadie dijo nada. Mallory se quedó con los ojos como platos, y Whit la tomó de la cintura como si quisiera sujetarla. Lucy intercambió una mirada de complicidad con Dermot, se levantó del sofá y sacudió la cabeza.

—No saldrá bien, Aidan.

—Ya sé que parece algo repentino, Lucy —intervino Corri—, pero esperamos tu bendición.

—No me parece mal la boda, Corri. No me gusta el sitio que habéis elegido. No quiero que mi hijo y mi futura nuera se casen en una capilla de Las Vegas.

Corri resopló y tomó a Aidan de la mano.

—Mamá, he reservado medio hotel, no una capilla —le explicó él—. Además, hemos pensado que podemos aprovechar que vamos a esa convención en abril.

—¿Para qué tenéis que ir a esa convención? —le preguntó su madre con disgusto.

—Porque tengo que ir para vender el programa de Corri. Si juego bien mis bazas, podría conseguir una difusión nacional.

La mera idea no tranquilizaba especialmente a Corri.

—La convención durará tres días y después nos casaremos. Luego, Aidan y yo nos iremos de luna de miel.

—Yo invitaré a los billetes de avión a todo el mundo, incluso a Kevin, aunque dudo que quiera ir —añadió Aidan.

Corri esperaba que no fuera, sería una situación demasiado violenta.

—Yo tendré a los bebés —dijo Mallory—. Tendré que contratar a una niñera.

—¿Mis nietas van a criarse con una niñera? —preguntó Lucy con desconsuelo.

—Sólo a ratos, Lucy —contestó Whit—. Mallory no se fía de mi destreza con los pañales.

—Tu aversión por las suciedades de los bebés no inspira confianza.

Corri recuperó el tema central antes de que la conversación derivara hacia las niñeras y los pañales sucios.

—Me gustaría que fueras mi dama de honor, Mallory.

Una petición lógica si se tenía en cuenta el papel que había desempeñado para encauzar a Aidan. Mallory se separó de su marido y abrazó a Corri.

—Para mí será un honor.

—Papá, a mi me gustaría que tú fueras mi padrino —le pidió Aidan.

Dermot pasó un brazo por los hombros de su mujer y lanzó una carcajada.

—Claro, hijo.

Lucy le dio una palmada cariñosa en la tripa.

—Venga, saca el champán.

Dermot salió de la habitación y volvió con una botella de champán abierta y unos vasos de plástico que habían sobrado de Navidad. Sirvió a todo el mundo, menos a Mallory, y levantó su vaso para brindar.

—Hoy no os daré una lección de sabiduría irlandesa, Corri y Aidan, pero os diré que a veces tomamos el camino equivocado, aunque hoy vosotros habéis tomado el camino acertado, recordadlo. Los dos habéis recibido un don que tenéis que cuidar toda vuestra vida juntos. Tenéis que discutir una y otra vez para que el otro sepa que es querido, y tenéis que reconciliaros las mismas veces para mantener vivo el amor —miró hacia Lucy—. Hijo, tienes que tratar bien a nuestra Corri porque no aceptaríamos de buen grado volver a perderla.

Aidan pasó un brazo por la cintura de Corri y la besó delicadamente.

—Me ha costado mucho encontrarla como para volver a

perderla.

—Otra cosa —siguió Dermot—. Espero que cuando no estéis produciendo esos programas, produzcáis otro nieto para nosotros.

—Lo tendremos en cuenta —Aidan guiñó un ojo a Corri—, pero tendrás que esperar un año o dos…

Corri estaba completamente de acuerdo. Estaba deseando tener un hijo, pero no estaba dispuesta a compartir a su marido durante una buena temporada.

—Por la boda de abril en Las Vegas —brindó Dermot.

Todos chocaron sus vasos.

Corri se encontraba fuera del comedor privado de un hotel de cinco estrellas. Llevaba un traje hecho a medida que a alguien podría parecerle atrevido porque era rojo, sin tirantes y se ceñía hasta llegar al suelo. El collar con el rubí y los diamantes le colgaba del cuello. Sin embargo, Aidan decía siempre que el rojo le favorecía, y ella no iba a decepcionarlo. Él, desde luego, no la había decepcionado. Se había puesto un esmoquin gris oscuro con pajarita a juego y una rosa en el ojal.

—¿Estás preparada, Corinna?

—Preparada.

Agarró a su padre del brazo, todavía atónita de que hubiera ido porque él sabía que su madre también iba a ir. Bridgette y James Harris en la misma habitación era un desastre casi asegurado. Sin embargo, habían estado amables el uno con el otro.

Mallory, que lucía un vestido bastante ceñido que demostraba lo bien que se había recuperado del nacimiento de sus dos hijas, Lucy y Madison, abrazó a Corri.

—Acuérdate de respirar —le susurró a Corri antes de avanzar por el pasillo.

Cuando su padre también se puso en marcha, Corri midió los pasos hasta Aidan. Pasó junto a las filas de sillas blancas ocupadas por casi toda la familia O'Brien, excepto Kevin, y algunos colegas actuales y pasados de Aidan; Tamara no estaba, afortunadamente. Cuando llegaron al final del pasillo, su padre besó a Corri en la mejilla, ella le dio el ramo a Mallory y tomó a Aidan de la mano. Sin dejar de mirarse, intercambiaron los votos y los anillos, pero cuando Corri se preparaba para lo mejor, el beso, el juez de paz intervino.

—A Aidan le gustaría decirte algo más, Corri.

Corri miró a Mallory, que parecía tan sorprendida como ella. Sin embargo, Aidan le apretó la mano, y ella lo miró.

—Me he sorprendido sinceramente pocas veces en mi vida,

Corri, pero tú me sorprendiste desde el día que te conocí. No esperé llegar a estar aquí contigo, sin embargo, me alegro de estarlo —hizo una pausa y acarició la mejilla de Corri—. Sé que no se me da muy bien expresar mis sentimientos, y por eso quiero que todo el mundo sepa que te quiero y que siempre te querré. No tengo nada más que decir.

Para Corri, lo había dicho todo. Notó levemente que Mallory sollozaba, pero notó muy claramente las lágrimas que empezaban a caerle a ella.

—Yo también te quiero, Aidan.

Sin esperar a que se lo dijeran, Aidan la besó entre los aplausos de los asistentes.

—¡Al banquete! —exclamó Dermot.

Mientras volvían por el pasillo, Lucy le lanzó un beso, su madre y su padre sonrieron y Logan y Kieran levantaron los pulgares. Cuando llegaron al vestíbulo, Aidan la llevó a un rincón junto al ascensor y la besó con tanta pasión que casi la derritió.

—Podías haberme avisado de que ibas a decir esas palabras tan maravillosas.

—Me salió de dentro —replicó Aidan—. Además, quiero decirte algo más.

Corri no sabía si podría soportar otra conmoción.

—¿Es algo bueno?

—Tú lo dirás. Tengo cinco contratos de costa a costa para el programa. Eso significa que vas a ser un nombre conocido en todas las casas, si tengo algo que decir.

Corri adoraba cada palabra que salía de su maravillosa boca.

—No puedo creérmelo.

—Créetelo —Aidan la acarició el trasero—. ¿Qué llevas debajo del vestido?

—En cuanto acabemos el banquete, podremos ir a la habitación y lo comprobarás tú mismo.

—¿Estás segura de que tenemos que ir al banquete?

En ese momento ella no estaba segura de nada excepto de que la gente empezaba a mirarlos.

—Sí, tenemos que ir. No podemos perdernos el brindis de tu padre.

—Bueno —Aidan sonrió—, siempre que nos queden unas cuantas horas libres antes de tomar el avión esta noche.

El avión iba a llevarlos a un destino que Corri no había conseguido arrancarle a Aidan por ningún medio, y había intentado muchos.

—No vas a decirme a donde vamos, ¿verdad?

—No. Es otra sorpresa.

A Corri no le gustaban las sorpresas, pero ésa le encantaba, como la perspectiva de una vida plena con Aidan.

# Epílogo

Aidan entró en la cabina de control justo a tiempo para ver a su mujer en acción. Ella, como de costumbre, no decepcionó a sus admiradores. Tampoco lo había decepcionado a él. Hasta ese momento, el matrimonio iba como la seda para los dos y se notaba en la sonrisa de ella cuando lo miró al avanzar hacia el frente del plato para contestar las preguntas.

—Señoras y señores, hoy vamos a hacer algo distinto en lo que queda de programa.

—Eso me suena… —dijo el ingeniero de sonido.

Corri fue hacia la nevera, y Parker dejó escapar un gruñido.

—Sólo llevas casado con ella dos meses, Aidan. ¿Qué le has hecho?

Él no podía recordar haberle hecho nada malo. Le había dado una boda por todo lo alto, la había llevado a un crucero por el Mediterráneo como luna de miel y le había dicho todos los días que la quería. Lo más parecido a una discusión fue cuando él se tropezó con sus zapatos. Aparte, no tenía ni idea.

Esa vez, ella también volvió cargada de hortalizas, y Aidan estuvo a punto de cortar la grabación, aunque no creía que fuera a repetir la escena de diciembre.

—Déjala un momento, Parker, Corri es una profesional.

—Es lo mismo que dijiste la última vez.

Corri hizo una fila con los tomates, la lechuga y el pepino.

—Quiero hablaros de las hortalizas frescas ahora que se acerca el verano —miró a Aidan a los ojos—. Para vosotras es importante incluirlas en vuestra dieta, sobre todo si las cosas han subido de temperatura en la cocina y habéis comprobado que tenéis un panecillo en el horno.

Aidan cayó en la cuenta, aunque no era un panecillo ni un horno, ni pasó en la cocina. Fue en una terraza sobre el mar y a la luz de la luna. Habían bebido vino y se habían olvidado del preservativo.

—Dicho eso —siguió Corri—, durante las próximas treinta semanas, aproximadamente, dedicaré un programa al mes a las comidas para mujeres embarazadas.

Aidan ya había salido disparado de la cabina cuando Corri

siguió.

—También me gustaría que conocierais al cerebro de esta nueva producción, mi marido y propietario de los estudios AOB, Aidan O'Brien.

Él no lo dudó un instante y fue hasta ella. Tampoco le importó que todo el equipo se quedara atónito, ni que todo el público presenciara aquel beso nada inocente.

Los gritos de entusiasmo del público fueron aumentando hasta que él dejó de besarla, pero no de abrazarla.

—Estás embarazada…

—Efectivamente.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Durante las primeras semanas, lo sospeché, pero no sabía si estaba preparada para asimilarlo. Me hice dos pruebas de embarazo, pero tenía que oírlo de boca de un médico y no conseguí cita hasta ayer. Pensé decírtelo anoche, pero llegaste muy tarde a casa, y esta mañana tenías una reunión temprano —ella le sonrió—. ¿Estás enfadado?

—No, sólo preocupado.

—Estoy muy bien. A lo mejor ha sido un poco raro anunciarlo en público, pero no afectará a mi audiencia.

—Si hubieras usado el machete con el pepino, por lo que hice en el crucero, quizá sí hubiera afectado a tu audiencia.

—Puedes considerarte afortunado. Había pensado envolver al pepino en un plástico para resaltar la importancia de protegerlo y evitar un crecimiento imprevisto.

Cuando los aplausos cesaron, Corri se volvió hacia el público sin soltar la cintura de Aidan.

—Esto ha sido todo por hoy. Recordad que si no podéis estar con la persona amada, amad la comida con la que estáis —Corri dio una palmada en el pecho de Aidan—, pero os recomiendo fervientemente que consigáis algo parecido a esto para que disfrutéis de las dos cosas.

—¡Corten! —gritó el regidor entre las risas del público.

La gente empezó a salir, y Corri se llevó a Aidan a su camerino. Una vez allí, él la abrazó y le quitó con el pulgar una lágrima que le caía por la mejilla.

—¿Te pasa algo, Corri?

—No podría estar más emocionada —se separó un poco para tomar un pañuelo de papel del tocador—. Ni mis hormonas podrían estar más alteradas.

—Menos mal que dije un año o dos…

Ella lo miró con un amor que él nunca pensó que podría llegar a ver. Un amor que nunca había querido ver hasta que conoció a Corri.

—Aidan, a estas alturas ya deberías saber que no conseguimos hacer nada como lo planeamos, aunque me parece que tampoco es algo necesariamente malo.

—Creo que podemos dar la jornada por concluida e ir a casa a celebrarlo.

Ella le lanzó una mirada engatusadora.

—Podrías darme uvas en la boca y pintarme las uñas de los pies.

—No cargues la suerte. Ya he aprendido a apreciar los baños y esos malditos caramelos.

Había aprendido mucho más de sí mismo; podía pasarse horas mirándola mientras dormía y no se cansaba; podía entregarse a algo aparte del trabajo y estaba entregado a ella. Aidan O'Brien siempre había sido un hombre de hechos y pocas palabras. Siempre había conseguido lo que había querido, y nunca había querido nada tanto como a Corri. Ya la tenía y no iba a dejar que se le escapara.

# Fin